

LA JOVEN EUROPA

HOJAS DE LOS COMBATIENTES DE LA JUVENTUD ESTUDIANTIL EUROPEA

1942

Cuaderno 3

ÍNDICE

<i>Prólogo del editor:</i>	Los elementos de la Unidad Europea
<i>L. Sanchez Maspons, Madrid:</i>	Europa en España
<i>Dr. Rupert Rupp, Berlin:</i>	La hora de la juventud
<i>Hjalmar Pöhl, Estocolmo:</i>	El calvario de mi feligresía sueca
<i>Dr. Yrjö von Grönhagen, Helsinki:</i>	Soldado de la Europa nueva
<i>Coronel del Estado Mayor</i> <i>A. Gantschew, Sofia:</i>	Europa y el ejército bolcheviquista
<i>Prof. Karl Olivecrona, Universidad</i> <i>de Lund, Suecia:</i>	Europa y América
<i>Marie Hamsun, Grimstad, Norwega:</i>	Los viajes de mi vida
<i>Hans Neithart Wagner, Berlin:</i>	Estudiantes de Mussolini
<i>Manuel Pombo Angulo, Madrid:</i>	Caminos de España
<i>Erich Zimmer, Corresponsal de</i> <i>guerra:</i>	En el frente húngaro
<i>Ivo Vucicevic, Agram:</i>	Soldados del pueblo eslovaco
<i>El comandante de la Division</i> <i>Wikinga:</i>	¡A mis soldados!
<i>Ernesto Giménez Caballero,</i> <i>Madrid:</i>	La Espiritualidad Española y Alemania
<i>Johann Wolfgang von Goethe:</i>	Lo Excepcional
<i>Bettina Brentano:</i>	El genio artístico
<i>Karl von Clausewitz:</i>	El genio de la guerra
<i>Kemal Pascha Ataturk:</i>	La Autoridad
<i>Federico el grande:</i>	El camino de un soldado joven

EDITOR: INTERCAMBIO ACADÉMICO CULTURAL
BERLIN W 35, FRIEDRICH-WILHELM-STRASSE 22

LA JOVEN EUROPA

HOJAS DE LOS COMBATIENTES DE
LA JUVENTUD ESTUDIANTE EUROPEA

Cuaderno 3

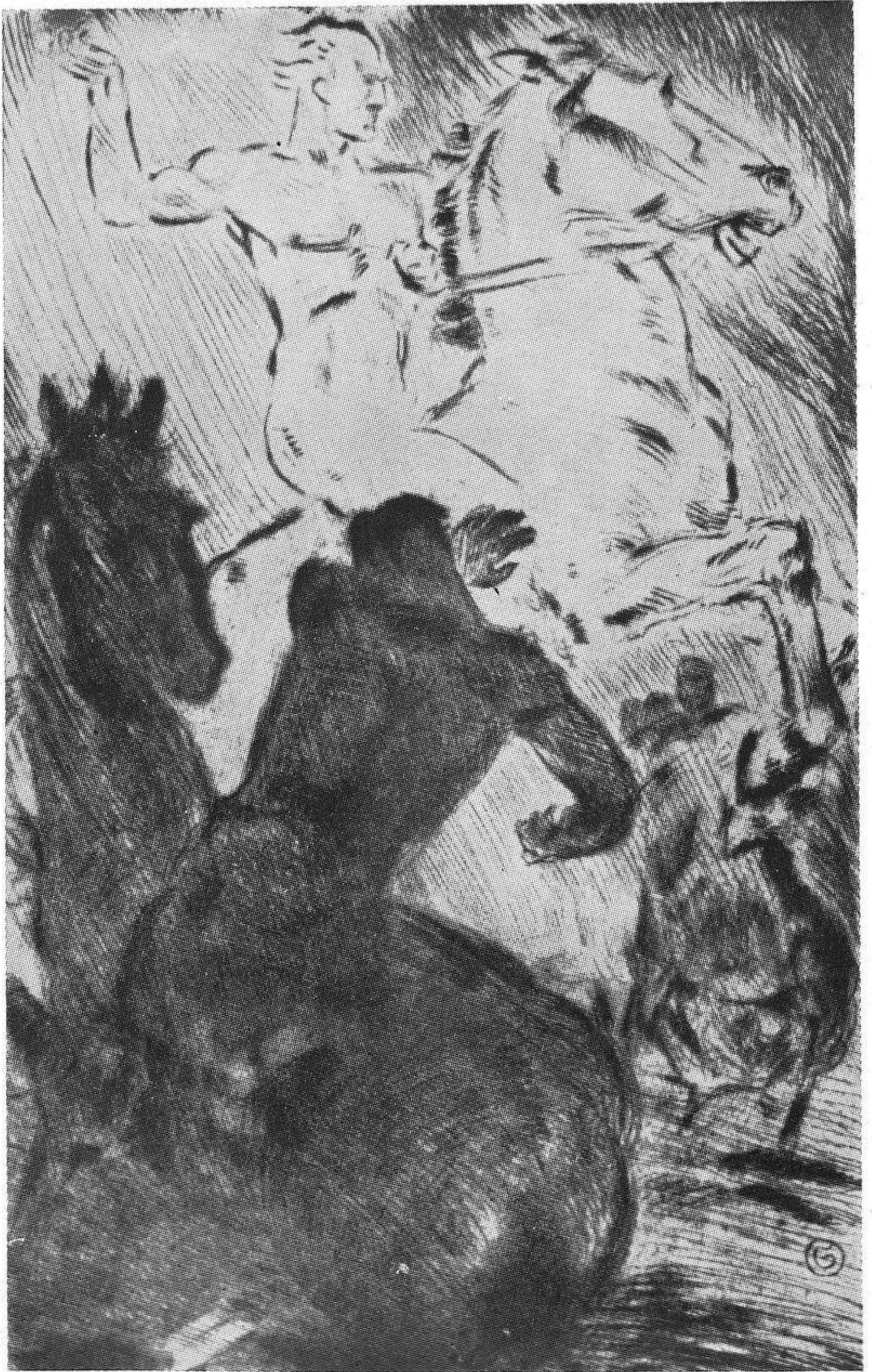
1933

INDICE

Los elementos de la Unidad Europea	Prólogo del editor
Europa en España	L. Sánchez Albornoz, Madrid:
La hora de la juventud	Dr. Rupert Rupp, Berlín:
El estudio de mi religión sueca	Hjalmar Pöhl, Estocolmo:
Soldado de la Europa nueva	Dr. Yrjö von Geinöcker, Helsinki:
Europa y el ejército bolchevique	Coronel del Estado Mayor A. Gantchev, Sofía:
Europa y América	Prof. Karl Olofsson, Universidad de Lund, Suecia:
Los viajes de mi vida	Marie Hansson, Ginebra, Suiza:
Estudiante de Bruselas	Hans Veitbar Wagner, Berlín:
Campos de España	Manuel Pombo Aguado, Madrid:
En el frente húngaro	Rich Zimmer, Correspondent de Ginebra:
Soldados del pueblo estonio	Leo Fischer, Ginebra:
¡A mis soldados!	El comandante de la División de Wilmann:
La Espiritualidad Española y Alemana	Fernando Giner de los Ríos, Madrid:
Lo expresional	Johann Wolfgang von Goethe:
El genio artístico	Helene Brentano:
El genio de la guerra	Karl von Clausewitz:
La Autoridad	Kemal Pascha Atatürk:
El camino de un soldado joven	Federico el Grande:

Prof. Hans Schweitzer, Berlin: La nueva idea

EDITOR: INTERCAMBIO ACADEMICO CULTURAL
BERLIN, WEGE KUNSTSTREISSEN 22



LOS ELEMENTOS DE LA UNIDAD EUROPEA

EL EJE ES EL LUGAR GEOMÉTRICO PARA TODOS LOS PUNTOS, QUE CONSTRUYEN LA UNIDAD DE EUROPA. AL FINAL DE ESTA EVOLUCIÓN ESTÁ UNA CONSTITUCIÓN EUROPEA. NO HACE FALTA REGISTRARLA, PERO YA SE DIVISA SUS ELEMENTOS ESENCIALES.

EL PRIMER ELEMENTO ES LA LEY DE LA UNIDAD — PARA SOBREPONERSE A UN DESARROLLO POLÍTICO, ECONÓMICO, SOCIAL, TÉCNICO, CUYAS FUERZAS SOLO SE PUEDE DESENCERRAR RAZONABLEMENTE DE MODO PRODUCTIVO BAJO UN PUNTO DE VISTA GRANDE Y TRANSCENDENTAL.

EL SEGUNDO ELEMENTO ES LA LEY DE LA CLASIFICACIÓN — COMO RECONOCIMIENTO DE LAS FUERZAS ORIGINALES DE LA VIDA NACIONAL, DESARROLLADAS EN LAS CÉLULAS HISTÓRICAS DE LA SOCIEDAD EUROPEA Y EMPUJANDO DESDE ABAJO.

EL TERCER ELEMENTO ES LA LEY DE LA CONDUCCIÓN — COMO COMPROBACIÓN DE LA JERARQUÍA NATURAL DE RESPONSABILIDAD Y MÉRITO DE TODAS LAS NACIONES.

Europa en España

La manifestación de la solidaridad europea que tuvo lugar hace poco en Berlín, la presencia en ella de España y la divisoria que el mundo anglosajón pretende trazar entre Europa y los países de Iberoamérica nos han vuelto a traer a la memoria el atributo que en tantas ocasiones ha merecido la península ibérica: el de puente entre continentes.

España, en uno de los extremos de Europa, estuvo y está destinada por su historia y por su geografía a ser una vez más el paso obligado de las relaciones de Europa con el continente negro y el mundo iberoamericano.

¿Está España en condiciones de desempeñar esta función dentro del nuevo orden europeo? Aún prescindiendo de esa profesión de fe en Europa que viene haciendo desde el año 1936 y que culmina en el envío de la División Azul al frente del Este y en la ratificación formal de su adhesión a la nueva ideología europea en el acto del día 25 de noviembre de 1941, la historia nos muestra a España dispuesta siempre a sacrificarse por los intereses continentales. No había apenas concluido su lucha de un siglo contra la invasión africana, cuando se lanzó a la conquista y civilización de un mundo nuevo, llevando así a cabo una misión que le dejó exhausta y por la que sacrificó su natural evolución en aras de un continente falto de la madurez necesaria para acometer la empresa. Esto, prescindiendo de la historia propiamente europea de España, los reinados de Carlos V y Felipe II, debió haber sido bastante para que jamás se le negase su filiación continental. Sin embargo, no ha sido así. El hecho de juzgar a los pueblos desde un punto de vista que podríamos llamar folklórico — en el caso de España en consideración a los toros, la danza, la cocina, etc. y quizá también en atención a un rasgo característico de su idiosin-

crasía, el desprecio por los adelantos materiales — llevó precisamente a Francia a decir del país vecino, que en sus fronteras empezaba Africa, frase substituída más tarde por la de « Europa termina en los Pirineos ».

Es curioso observar que esto sucede en el XIX, siglo en el que dan sus frutos en los países iberoamericanos los principios de la Revolución francesa, « la abstracción de la idea norteamericana », llevados hasta ellos, en contra de sus propios intereses coloniales, por esa España que se suponía distraída y al margen de los acontecimientos europeos. Antes de seguir adelante queremos recordar aquí, porque así conviene a nuestro razonamiento, que es la controversia en torno al principio de la representación la que produce la rebelión de las provincias americanas contra Inglaterra y que la revolución francesa está inspirada por el triunfo de las nuevas teorías en los Estados Unidos.

No hay fenómeno alguno, producto de la revolución francesa y en sus últimas causas de la americana, que no repercuta en los países de Centro y Sudamérica a través de los españoles. De dos maneras contribuyó el liberalismo de la Península a la pérdida de las Américas, dice Menéndez Pelayo, recogiendo una frase del historiador mejicano Roa Barcena, « difundién dose en las masas los gérmenes del filosofismo y anarquía que encerraban las leyes de las Cortes de Cádiz... y haciendo al mismo tiempo que los elementos conservadores se agrupasen en torno del estandarte de la independencia, para guardar las instituciones y costumbres, cuya desaparición se creía segura, si se prolangaba nuestra dependencia de la Metr ó poli ». Y siguiendo al mismo Roa Barcena, llegamos a la conclusión de que la masonería, la más nefasta de todas las instituciones inglesas, fué llevada a Méjico por algunos oficiales de las « tropas expedicionarias españolas que fueron a sofocar la insurrección ».

Lo que llevamos dicho, aunque constituye el capítulo más triste de la historia de España, demuestra que jamás fué ajena a las contiendas ideológicas europeas y que el suponer que « vive en estado de distracción permanente » es una entre las muchas frases in-

justas que se han pronunciado sobre ella. ¡Hojalá hubiésemos vivido distraídos de Europa desde el año 1789 y por lo menos en toda la primera mitad del siglo XIX!

Pero lo expuesto hasta ahora nos lleva también a la conclusión de que ni aún aquellas ideas propias de los anglosajones fueron capaces de introducirse directamente en un país como el mismo Méjico, fronterizo con los Estados Unidos.

La península ibérica y principalmente España está llamada ahora como siempre a representar toda ideología europea ante Centro y Sudamérica. Cualquier idea que surja en Europa o adopte Europa tiene que ser asimilada por el espíritu español antes de que sea aceptada, rechazada o comprendida por los pueblos del otro lado del mar de habla castellana. Por eso creemos que es una de las grandes misiones de España dentro del nuevo orden europeo la de lograr para él mismo la comprensión de que hoy carece en muchos círculos iberoamericanos sometidos a la influencia directa de Washington.

Pero no es sólo la actuación de España en la lucha de liberación contra el comunismo la que demuestra su interés por los problemas de la nueva Europa, sino que en la misma literatura española moderna se pueden encontrar ya en 1926, en la obra de Ortega y Gasset, ejemplos expositivos de tal claridad como los que cita al referirse a la limitación que entrañaba la falta de una colaboración europea. Ortega y Gasset, español y europeo, nos llevó ya hace quince años a concreciones como ésta: «Tómese cualquier actividad concreta; por ejemplo: la fabricación de automóviles. El automóvil es invento puramente europeo. Sin embargo, hoy es superior la fabricación norteamericana de este artefacto. Consecuencia: el automóvil europeo está en decadencia. Y sin embargo, el fabricante europeo — industrial y técnico — de automóviles sabe muy bien que la superioridad del producto americano no procede de ninguna virtud específica gozada por el hombre de ultramar, sino sencillamente de que la fábrica americana puede ofrecer su producto sin traba alguna a ciento veinte millones de hombres. Imagínese que una fábrica europea viese ante sí un

área mercantil formada por todos los Estados europeos y sus colonias y protectorados. Nadie duda de que este automóvil previsto para quinientos o seiscientos millones de hombres sería mucho mejor y más barato que el Ford. Todas las gracias peculiares de la técnica americana son casi seguramente efectos y no causas de la amplitud y homogeneidad de su mercado».

Lo mismo que ahora en la guerra, también en la paz el espíritu español seguirá viviendo intensamente los problemas continentales a cuya solución colaborará, ya que ello es uno de los fines propios de la política de España en la nueva Europa.

La comunidad de destino

Todavía, como es lógico, no puede precisarse en todos sus detalles la organización de la nueva Europa que surgirá tras la victoria de los pueblos jóvenes, pero sin embargo se pueden ya indicar las líneas directrices a que ha de responder. En primer lugar la afirmación de la comunidad de destino europea y su tarea primordial de renovar fundamentalmente y hacer forecer de nuevo la cultura occidental, basada en el helenismo. Esta misión no fué comprendida por el mundo anglosajón y mucho menos por el bolcheviquismo construido sobre enfermizas quimeras. Los pueblos jóvenes de Europa, por el contrario, han exigido enérgicamente sus derechos, ya que la rueda de la historia no ha de detenerse jamás. Bastante tiempo ha padecido Europa la desconfianza y el odio en las relaciones entre sus Estados. Los acontecimientos de los dos últimos años han demostrada claramente que no puede construirse nada estable por el camino del odio. Incluso los últimos pueblos de nuestro Continente han reconocido esta verdad, pero fuera de Europa aun dominan las tinieblas.

«Ajan Suunta», Helsinki.

La hora de la juventud

De nuevo el destino ha puesto en manos de la juventud la decisión entre la Vida y la Muerte.

Todos los valores son sopesados de nuevo. Todas las ideas sometidas a detenida revisión. Todas las épocas examinadas cuidadosamente. Entramos otra vez en los graneros donde guardábamos las cosechas pretéritas para comprobar si el trigo allí almacenado puede servirnos aún para la siembra. Repasamos el arado que removerá la tierra del presente, para asegurarnos de que es capaz todavía de arrojar la tierra fresca sobre las malas hierbas y las raíces muertas. Las nuevas plantas, todavía en germen, tienen que demostrar que serán algo más que tiernos tallos del próximo verano; que en sí encierran en potencia la fuerza suficiente para transformarse con el curso de las generaciones en bosques espesos de árboles gigantescos.

Los días en los que termina y se abre una época de gravedad decisiva son días en los que hay que concentrarse para cobrar nuevas fuerzas. La mirada se vuelve hacia el pasado para contemplar la obra hecha y el pensamiento se dirige al futuro.

En los momentos actuales muchos de nosotros se hallan como anonadados por la grandeza del instante. Y son gente ya acostumbrada a enfrentarse con tareas no de días, sino de meses y aun de años. Pero la realidad actual, nueva e imprevista, es de alcance tan universal y gigantesco que no puede emplearse en ella como unidad de medida la vida humana.

La voz del destino resuena con más fuerza que nunca. Parece una orden; como si quisiera probar cómo respondemos a su enérgica llamada.

*

El planeta en el que la Humanidad va viviendo sus peripecias a través de los tiempos, ha dejado oír por segunda vez su clarín de guerra dirigido a todo el género humano.

Por segunda vez en poco tiempo los pueblos se separan en dos campamentos; por segunda vez luchan por la decisión dos grupos gigantescos.

¿Es posible que un acontecimiento de tal envergadura, desconocido para el mundo desde sus más remotos orígenes, se produzca por segunda vez en tan corto espacio de tiempo? ¿No es verdad que parece como si los dos conflictos hubieran sido *uno solo*, aun para aquel que no supiera que el intermedio de paz entre ambos, estuvo lleno de inquietud y descontento?

Pero con esto se demuestra que las potencias del destino no se contentan con soluciones intermedias cuando se trata de problemas de transcendencia superior al tiempo. Dios quiere la decisión.

La fuerza de la vida radica en que ella misma no puede propagarse sino por medio de la juventud. La vida cesaría si quisiese buscar en la ancianidad el cumplimiento de su propio sentido.

Por eso toda lucha lleva en sí misma la exigencia de apresurar su propia decisión en favor de aquel contendiente que posea mayores posibilidades de una *realización futura de la vida*. Quien posee las fuerzas del futuro es portador de la juventud y por tanto de la victoria.

*

La que para el resto de la Naturaleza se presenta como una mera aspiración, como un milagro de la entelequia, solo visible después de su plena realización, es a menudo para el hombre, desde el nacimiento de la nueva corriente, perfectamente consciente.

La guerra actual representa un ejemplo evidente de este fenómeno. En sus comienzos se dibujaron solamente aquellas causas y metas corrientes y por tanto comunes a tantas guerras anteriores. El motivo inmediato de la guerra: la reincorporación de la ciudad de Dantzig al Imperio alemán, era, comparado con los pretextos de conflictos anteriores, casi insignificante. El que un incidente en su origen tan limitado espacialmente se haya convertido en una conflagración de proporciones mundiales no indica sino la

necesidad fatal de esta guerra para la causa de los valores humanos.

No hemos de considerar los acontecimientos actuales como una mera perturbación de la paz que no existía desde hacía ya largo tiempo, ni tampoco como un ataque a las costumbres de vida tradicionales de los hombres. Constituye nada menos que un viraje de la historia hacia una orientación positiva y renovadora de la vida *productora de nuevas ideas y formas*, que incluso allí donde la materialidad del combate destruye valores existentes pone ya los fundamentos de otros nuevos más duraderos y más dignos del hombre.

Los pueblos y los hombres de Europa están hoy ante uno de los momentos más solemnes de la historia. Los que conocen las metas marchan delante, en vanguardia, y portan la *ley de hierro de la revolución* en sus mochilas a través de los montes, los ríos y las naciones. No reparan en los desconfiados ni en los rezagados que quedan al borde del camino. Saben que muy pronto la ola de los indecisos se desbordará tras de ellos, saliendo de la vida sin historia al encuentro del día que nace. A los adalides que rompieron el fuego y abrieron las nuevas sendas les está reservada siempre la máxima recompensa, que nunca la pidieron, pero que les corresponde porque aun después de la victoria estarán obligados a seguir luchando.

Nada habrá capaz de desgastar a esta juventud que ha conocido la luz de la mañana tras una noche de tinieblas, que a través de estrechas gargantas y peligrosos vericuetos ha sabido reunirse en una comunidad juramentada bajo el signo de la libertad de Europa, joven generación que todavía no ha podido darse cuenta de lo que supone la fusión del Continente que ella ha conseguido.

Cuanto hay de joven en los hombres y en los pueblos de esta parte del Globo se agrupa bajo las banderas de la juventud.

Bajo ellas se congregan todos los camaradas, campeones de la libertad, sacrificados en aras de las ideas de la revolución y ellos mismos son los mejores guardadores de su gran ofrenda: Wessel y Primo de Rivera, Montero y Pallotta.

Bajo las banderas de esta juventud están también, con sus cabellos blancos, los viejos eternamente jóvenes que con su larga vida, dura y leal, hicieron posible la victoria de los hijos cuando sonase la hora.

Bajo las santas banderas de esa juventud marchan los portadores de la tea que encenderá el fuego espiritual de la nueva comunidad europea, los que fundirán la nueva fe en los moldes de esta comunidad, los encargados de guardar las fuentes entre las rocas de donde mana la sangre que alimentó ésta, y los que han de construir los puentes y carreteras, las torres y catedrales que testimonien eternamente a las futuras generaciones que la época de sus antepasados fué una era de fe, de lealtad y de espíritu guerrero. Todo aquel que marche con los abanderados de la nueva era sabe que le esperan grandes tareas. ¿Quién puede no estar preparado para los grandes trabajos que ahora como nunca le fueron confiados al hombre europeo?.

La decisión de la hora presente ha hecho de Europa otra vez el centro del mundo. Quien no se sienta sobrecogido y emocionado ante la grandeza de los problemas que plantea este viraje estelar de la humanidad, quien no se entusiasme y apasione ante los fenómenos elementales y primarios que se desarrollan ante nosotros, quien en el momento en que Europa despierta de un sueño perdido vuelva la espalda como un solitario, al tiempo y al destino, no es digno de la menor compasión.

Tenemos derecho a calificar a Europa como «el Continente joven». Son temas juveniles aquellos de cuya solución se nos ha encargado. La Europa del mañana es no sólo una tierra de inmensas *posibilidades*, sino también una parte del mundo cuyas *realizaciones* tendrán alcance mundial. Esta Europa joven, vital y unida, nos ofrece múltiples promesas pero exige también soluciones. Es una tarea, no una utopía.

Las fuentes que alimentarán la circulación de la sangre de esta nueva Europa han sido ya alumbradas. *Más de la mitad de la producción mundial de artículos alimenticios es producida en Europa.* Con la producción de *fabricados y primeras materias industriales*

ocurre otro tanto. Las generaciones venideras no conocerán las hambres ni las crisis. Las energías de tales generaciones no se consumirán más en la conquista del pan y de las materias primas que tantas veces lanzó a los pueblos de Europa a la guerra civil entre ellos. Esta misma causa provocó la lenta desaparición de las Naciones en esta parte del mundo en la forma de un pavoroso descenso de la natalidad. Tras la presente y última guerra civil europea *la seguridad de la existencia material de los europeos* será tan absoluta que las fuerzas que queden libres podrán consagrarse a tareas más elevadas que la lucha por los fundamentos de la existencia; las dedicaremos a la cultura, el arte y la ciencia europeos y a la realización ejemplar de la idea social. El despertar europeo que acompaña al signo de la libertad de los pueblos que han sabido mantenerse jóvenes, ha barrido como un huracán las ideas fatalistas del pasado. Los espíritus viejos del mundo que agonizaba no supieron predecir nunca que tras la mañana y la tarde vendría algo más que la noche; no sentían el milagro de la mañana radiante naciendo de la noche oscura, que nos llena de felicidad, y que precisamente en estos días decisivos nos comunica nuevo ánimo y fuerza cuando está a punto de decidirse la lucha por la libertad de Europa y un Derecho mejor.

Alemanes, italianos, españoles, rumanos, húngaros, búlgaros, eslovacos, croatas, finlandeses, noruegos, daneses, holandeses, flamencos, franceses, valones y portugueses, todos estamos unidos en un frente común. Todos amamos a Europa. Todos creemos en ella. Todos representamos a Europa ante un mundo que tiembla ante la idea de que partiendo de un ideario titánico podamos agruparnos en una *unidad de acción y de prestación*.

Sin embargo es tarde; ya estamos unidos. Ya formamos la comunidad de la joven Europa y pronto en haz estrecho, hombro contra hombro, dominaremos los problemas más difíciles.

Así marchamos hacia la forja de una era impregnada de alegría de vivir, hecha no solo de sangre, sudor y lágrimas, sino también del entusiasmo de una juventud creadora, y de una idea y un poder nuevos que se llaman Europa.

HJALMAR PÖHL, Pastor protestante,
ESTOCOLMO:

El calvario de mi feligresía sueca

Carta abierta al Arzobispo de Canterbury

Eminentísimo y reverendísimo Sr. Arzobispo:

Los acontecimientos actuales han colocado a un pequeño y alejado Estado: Estonia, repetidas veces, en el punto central de la pelea. Estonia es un país de rancia cultura germánica y luterano por su religión; en él reside un grupo étnico sueco cuya dirección espiritual me fué encomendada en el año 1935, en mi calidad de primer Pastor de la comunidad religiosa sueca.

El régimen comunista, en los 14 meses que ha imperado en este pueblo, ha cometido *inenarrables crueldades, crímenes y persecuciones* contra sus habitantes y contra la Iglesia. Considero como un legado de los innumerables mártires sacrificados por su fe evangélica y su formación cristiana, actuar ante el Mundo como *público acusador* de tales crímenes y al mismo tiempo *testimoniar* su absoluta veracidad.

En este legado creo ver también el designio de la Providencia que quiere que *conozcamos* a través de luchas y padecimientos el camino que nos conduce a la *liberación* del azote comunista. Pero lo que no puede considerarse como un mandato divino es que V., Sr. Arzobispo, se manifieste en favor del comunismo y su victoria, ya que ésto equivaldría a rogar por la extensión de su sanguinaria tiranía sobre otros pueblos cristianos de Europa; V. mismo lo ha dicho hace algunos años y cualquiera que eche una mirada tras los muros de las prisiones soviéticas podrá conocerlo inmediatamente: en la Rusia Soviética se ha llevado a cabo la mayor y más cruel persecución que la Iglesia haya padecido jamás desde su fundación.

La emisora de radio de Moscú llevaba sus preces, Sr. Arzobispo, a todos los hogares de Estonia, resonaba en pueblos y ciudades, en

los atrios de las iglesias, muchas de ellas transformadas en cuadras y cocheras, despojadas de todo servicio divino y cuyos sacerdotes habían recibido por la causa de la fe, la cruz del martirio, proporcionado por manos asesinas.

Millares de cristianos despojados por los comunistas de sus deudos y parientes escucharon la noticia que transmitía la radio de Moscú: ¡la más alta dignidad de la iglesia estatal anglicana reza por la victoria del bolcheviquismo! No podían creerlo: ¿el *Arzobispo de Canterbury rezando por nuestros verdugos?*

Yo sé que el antiguo *Obispo de Estonia, Dr. H. B. Rahamägi*, de la Iglesia evangélico-luterana y amigo personal de V., fué detenido con su familia el pasado mes de marzo, y, caso de que aún viviera, trasladado más tarde a un lugar desconocido del interior del país. Carecemos de noticias sobre su vía de amargura. El *Obispo auxiliar, Jaak Varik-Jöhv* murió cruelmente asesinado. El *deán Voorema* murió días más tarde, con su anciana madre, como un verdadero mártir en la prisión de la GPU en Dorpat. En los cuerpos torturados de todas estas dignidades eclesiásticas no se encontró ninguna huella de disparos de armas de fuego, prueba de que sus padecimientos no fueron acortados magnánimamente por una bala liberadora. Una suerte parecida ha corrido *Monseñor Päts*, de la Iglesia cismática griega y hermano del último *Presidente de Estonia*, actualmente desterrado: Constantino Päts. Cada día se conocen nuevas noticias sobre nuevos asesinatos y crueldades.

¿Quién de los desaparecidos vive todavía? ¿Quién arrastra una interminable agonía en medio de los mayores sufrimientos? ¿Quién yace ya enterrado en cualquier lugar desconocido o en alguna fosa colectiva? Ha de pasar aún mucho tiempo hasta que se sepa todo lo que ha ocurrido en estos años.

La vida religiosa, sin distinción de confesiones, fué combatida en Estonia a sangre y fuego desde la llegada de los Soviets. El comunismo ruso quería implantar en nuestro país la misma situación a que habían llegado en la Unión Soviética después de veinte años de persecución. Todas las propiedades de la Iglesia: edificios, templos, tierras, etc, fueron nacionalizados, es decir, incautados sin indemnización alguna. Se prohibieron toda clase de

impuestos a favor de la Iglesia, así como las colectas. Tampoco se permitió la propaganda impresa. En las escuelas, finalmente, la enseñanza religiosa fué sustituida coactivamente por la anti-religiosa.

Los sacerdotes fueron considerados como elementos peligrosos para el Estado; todo trato con ellos era sumamente arriesgado. Se les negó el derecho a ocuparse en ninguna clase de trabajos y con ello el de participar en la distribución de víveres. Los alquileres de las casas ocupadas por eclesiásticos fueron elevados al décuplo por una disposición del Gobierno. A todo ésto hay que añadir la ola de terror que se desató contra ellos en forma de interrogatorios, detenciones, encarcelamientos, asesinatos . . . La cifra total de Pastores evangélicos en Estonia se aproximaba a 170; muy pocos serán los que hayan vivido la época de dominio ruso sin graves perjuicios, y a la mayoría de ellos no volveremos a ver.

Esta persecución sistemática, comenzada ya mucho tiempo antes de la guerra actual germano-rusa exigía preferentemente el sacrificio de las más elevadas jerarquías eclesiásticas. Casi todos los miembros del Consistorio estoniano de la Iglesia evangélica fueron encarcelados o desaparecieron; tal sucedió con los *deanes Grünberg-Pernau, Kuba-Reval, Kirotar-Dagö*, el Pastor *Juhkental-Reval*, el Párroco *Tiit* (detenido en la propia iglesia el día de Pentecostés), los Pastores *Saarse-Reval, Hark-Jarven, Neemre-Dagö, Kerm-Dorpat. Kerm-Reval* y otros muchos más.

Aun no sabemos si las tropas alemanas encontrarán todavía con vida a los evacuados que a partir de la primavera última fueron a marchar hacia el interior de Rusia. Sólo algunos coches de ferrocarril abarrotados de mujeres y niños, muchos de ellos arrancados de los brazos de sus madres, fueron encontrados en Nowgorod y devueltos a Estonia. De los hombres nunca se ha vuelto a tener la menor noticia. Según los cálculos más modestos el número de desaparecidos asciende a 100.000 (de una población total de 1,1 millón), en su mayoría de las clases cultas. De un millar de Profesores, diputados, Pastores, altos funcionarios, jefes de empresas, etc, apenas si han escapado al rigor de la persecución bolchevique unos *cincuenta*. Todo aquel que tenía algún nombre había sido encarcelado o suprimido mucho tiempo antes

de la guerra. Lo propio aconteció con los rusos que no eran comunistas y con los suecos y letones, pero en cambio, que yo sepa, nunca pasó nada a ningún judío. El *Secretario del pueblo en el Ministerio de Cultos sueco N. Blees*, el *Presidente de la Sociedad Cultural sueca Comandante A. Lindquist* y el *Asesor económico de la minoría sueca Director M. Westerblom*, los tres, buenos amigos míos, fueron también llevados a la prisión de Reval y de allí desaparecieron sin que se haya encontrado después el menor rastro de ellos. ¡Ojalá vivan todavía!

Las Iglesias metodistas estuvieron expuestas a los mismos peligros que las nuestras, evangélicas. Su jefe, el *Pastor Jagupsoo* fué encontrado en un bosque, asesinado a golpes de bayoneta, el 12 de junio de este año. Al predicador de los anabaptistas *John Rönberg*, sueco, le aguardaba el mismo fin; fué buscado durante mucho tiempo por los bolcheviques, pero como tantos otros clérigos pudo salvar la vida huyendo a los bosques.

Yo mismo, bajo la amenaza de persecuciones que generalmente terminaban con la muerte, fuí obligado a firmar la renuncia a toda actividad de cura de almas, cesando además en los cargos de Deán y Pastor. Sólo secretamente y arriesgando la vida me reunía algunas veces al mes a rezar con mis feligreses y celebraba bautizos o administraba la Comunión a los enfermos. Apenas un mes después de mi matrimonio fuí separado de mi mujer, que es *médica*. Aunque carecía de práctica profesional fué reclamada por las autoridades sanitarias y en vez de destinarla a Hapsal, la ciudad donde vivíamos (lo que hubiera sido el menor de los males) fué enviada a un lugar sumamente alejado. Desde principios de junio de este año *carezco en absoluto de noticias suyas*. Mi hermano *Olof Pöhl*, maestro de la escuela sueca en Runö, fué encarcelado en otoño de 1940 y caso de que conserve aun la vida, se halla confinado, probablemente en el interior del país.

Al comenzar el verano fuí sometido a interrogatorios inquisitoriales, muchos de ellos de más de 24 horas de duración. Cuando cesó mi detención huí a los solitarios bosques de la costa noroeste de Estonia ocupada por los alemanes después de la conquista de Reval. Las autoridades bolcheviques (N. K. W. D.) *habían puesto mi cabeza a precio*. Diez semanas pasé oculto entre

cañaverales y pantanos con mis camaradas; al principio éramos diez, al final, treinta. El « batallón de aniquilamiento » encargado de nuestra busca estuvo dos veces a punto de descubrirnos y hacernos prisioneros. Vivíamos en una continua huída y a menudo transcurrían días enteros sin tener nada que comer.

Por uno de mis camaradas supe la noticia de que V., Sr. Arzobispo, rogaba *en favor del bolcheviquismo*. Hasta que fuí liberado consideré esta noticia como un infundio de la propaganda de Moscú. Hoy debo escribir a V. para hacerle saber mi profunda estupefacción cuando más tarde, por los periódicos escandinavos, vine a convencerme de cuán equivocado estaba.

Sr. Arzobispo: Sin haber conocido el bolchevismo a través de penosas experiencias personales, como yo y mis hermanos de sacerdocio, había calificado V. hace tiempo tal doctrina, acertadamente, como una *tiranía ateísta*. Con motivo de mi participación en el Congreso de las Nacionalidades de 1937, en Londres, tuve ocasión de confirmar su opinión en conversaciones con sacerdotes y periodistas ingleses. En aquella época sus oraciones iban dirigidas en favor de los innumerables millares de Obispos y Sacerdotes que agonizaban en los calabozos de la GPU o en los campos de concentración de las regiones árticas. V. sabe bien que el bolcheviquismo en abierta pugna con toda forma de religiosidad e idealismo, se ha propuesto como fin la persecución sangrienta de la Iglesia sumiendo a la Humanidad en el materialismo más grosero, y que este demoníaco fin lo ha conseguido ya en una sexta parte de la superficie del Globo. La cultura y la Civilización que constituían la esencia de la raza blanca, del hombre europeo, han sido aniquiladas por él en un ímpetu ciego. No queda más que una masa de esclavos, considerada y tratada como la *materia prima, carente de alma, de un materialismo económico y de la máquina guerrera más formidable que nunca conociera la Historia*.

Sr. Arzobispo: sus oraciones se han elevado al Todopoderoso en favor de este bolchevismo y su victoria presente. Pronto llegará el momento en que V. mismo se dé cuenta de la responsabilidad en que ha incurrido y del mal uso que ha hecho de la autoridad que le ha sido conferida para dirigirse al pueblo cristiano en nombre del Altísimo.

Centinela de Europa

La Europa desparramada por los fines limitados de grupos individuales, por la pelea insensata entre estados y «clases» emparentados, se hunde en la lucha más gigantesca de la historia, en la que se decide el ser o no ser de la cultura europea, de nuestra vida espiritual y física. Naciones que ayer se miraban casi indiferentes hoy se han unido en un círculo de hierro. Europa se ha despertado, empieza a pensar en sentido europeo y, lo que es más importante, empieza a actuar en sentido europeo. Europa sacude todas las influencias ajenas, que durante mucho tiempo trababan su desarrollo, y extingue el peligro mortal que amenazaba su existencia.

Fuerzas históricas nuevas y únicas están en acción. Si hasta ahora se ha discutido los destinos de las distintas naciones, en esta lucha presente se deciden los *destinos de continentes*. Ha llegado la época en la que ha de cumplirse definitivamente la misión de la cultura europea. El camino hacia este fin fué señalado por todas las contrariedades e insuficiencias propias de una evolución. Fuerzas fueron disipadas en peleas entre hermanos; junto con altos fines culturales se perseguían ideales extraviados; valuando equivocadamente la unidad nacional y la fuerza de las naciones, Europa perdió a menudo sus hombres y mujeres más viables, que emigraban hacia otras partes del mundo. Una parte de la cultura europea fué trasplantada a un mundo extraño. El apego a la patria era cada vez menos intenso, hasta que ésta terminó por perder a los atrevidos precursores. El deseo de construir y plasmar condujo también a 400.000 finlandeses a través del océano hacia América. Perdura la esperanza que los mejores entre ellos que ya regresaron en la guerra invernal de 939 al 940 para defender a su patria participen también en las futuras empresas europeas.

Europa ha pasado por una escuela severa. Pero las experiencias penosas la han fortalecido también, le han proporcionado el vigor necesario, para europeizar verdaderamente al Este. Porque en los tiempos de régimen absolutista, imperialista o liberal se desarrolló en la frontera de la Europa cultural una mezcla de naciones, que no era europea ni por su raza, ni por su civilización, ni por su actitud espiritual, y amenazadora aunque no fuera más que por su fuerza numérica.

Finlandia como *país limítrofe* ha tenido que experimentar tan directamente como ninguna otra nación europea los distintos episodios de este desarrollo, durante la política imperialista de Nowgorod, durante las usurpaciones del imperio moskowitza del Zar y más terriblemente durante el régimen bolchevista. Por eso resulta lo más natural, que Finlandia comprenda todo el alcance de la re-formación en el este de Europa, de la que es inseparable el nuevo orden de todo el espacio europeo, y que además toda la nación finlandesa se incorpore con severa decisión y al mismo tiempo con entusiasmo optimista a las filas de los *precursores por la Europa libre y vigorosa*.

Quizás ninguna época de la historia mundial habrá demostrado tan claramente como la nuestra, que solo el fuerte resiste rudos debates. Lo mismo vale esto para la vida de los individuos como para la de las naciones. La vida es lucha. Esto Finlandia tuvo que experimentarlo siempre de nuevo en el transcurso de la historia, y nosotros, los finlandeses, podemos decir con orgullo, que no hemos esquivado esta ley ni una sola vez. La frontera común con el país a penas civilizado en el este causó guerras interminables. Eso ha hecho de los finlandeses una *nación de soldados*. *La bandera de la cultura europea fué respetada siempre*; ella era el bien más precioso, que en el transcurso de los siglos fué defendido hasta el límite de la fuerza. Y si alguna vez se podía dejar las armas a un lado entonces se acreditó también *el espíritu militar puramente « prusiano » del finlandés* en el dominio de las dificultades de la propia vida, en la conquista de la mezquina tierra finlandesa y en

el promovimiento de la cultura material y espiritual. En medio de la vigorosa naturaleza nortea los finlandeses permanecieron fuertes y jóvenes. También en tiempos de paz la disciplina física era un fin supremo y ganó las victorias soberbias en el certamen deportista de las naciones. No rendirse jamás, no acobardarse ante ninguna dificultad, alcanzar a toda costa el fin propuesto... con esta voluntad también emprende el finlandés su misión en la nueva Europa.

La historia finlandesa va de profundo rebajamiento a hermosa *libertad*, de una derrota terrible a una victoria gloriosa, de la sujeción hacia la conducción. Desde los principios de su historia Finlandia tuvo la honorosa misión de hacer guardia en el norte contra el caos de un extraño mundo oriental. Luchando la nación finlandesa llegó a su madurez; naturalmente a pesar de su vigor este pueblo pequeño solo pudo desarrollarse lentamente. Por su situación geográfica siempre fué el primero en ser asaltado, herido y debilitado.

Aparte de los pocos momentos de descanso que nos permitió la historia las casas, las mujeres y los niños estaban expuestos a una amenaza constante. Pero a pesar de todas las dificultades también en este reducido solar se creó elevada cultura europea, que profundizaba aun más el abismo entre el este y el oeste.

El sentido militar finlandés tuvo que acreditarse de varias maneras en el transcurso de la historia. En la época del imperio sueco-finlandés, que duró hasta el año 809, el tenaz combatiente labriego finlandés tuvo que soportar la carga principal de las luchas. Bien se sabe que en el ejército de Gustavo Adolfo los finlandeses formaban la tercera parte y que ante todo su caballería intrépida se ganó los laureles de la gloria en combates reñidos. Pero el finlandés no veía su misión en las guerras, que en el fondo fueron inspiradas por la política de las grandes potencias, sinó en el avance infatigable, o en el rechazo férreo de las bárbaras hordas de Eurasia, de los moskovitas y los de Nowgorod. En el transcurso de los siglos este ademán se hizo una parte de su ser. Como son

características sobresalientes del finlandés la tenacidad, la lealtad, el espíritu precursor, la fuerte voluntad civilizadora y cultural, lo mismo lo es su rechazo del extraño mundo oriental más allá de sus fronteras natales. Esta decisión recibe un carácter casi religioso por la manera de ser pensativa del finlandés, que contempla el fondo de todas las cosas. No tiene otra explicación el hecho, que durante las dos últimas luchas por la libertad contra el terror bolchevista el soldado finlandés venció a menudo con ímpetu casi místico a un enemigo diez veces más fuerte.

El primer combate contra las fuerzas destructivas del bolchevismo se libró en el año 918. Hay que darse cuenta, qué vigor demostró entonces ese pueblo de cuatro millones. Todo el país como Gran Principado autónomo ruso, en el que se convirtió por fallar Suecia, estaba expuesto desde principios del siglo a los desconsiderados esfuerzos de rusificarlo. El propio ejército finlandés fué anulado. Solo el *valor infatigable de la juventud* y su *fé* segura de si misma le dieron capacidad para escapar a la supresión creciente del país, para durante los años de la guerra mundial dejarse instruir militarmente en Alemania en el famoso batallón de cazadores 27, consciente de su responsabilidad por la patria. El axioma militar de Schlieffen «Hacer mucho, resaltar poco, ser más que parecer» coincidía de un modo perfecto con su propia actitud militar. A pesar de todos los obstáculos, una selección de la juventud finlandesa había encontrado el camino que conducía desde la patria rudamente subyugada hasta Alemania. Y otra vez fueron los mejores, entre los que hay que nombrar ante todo los voluntarios del Schutzkorps (cuerpo protector), que entonces en primavera del 918 derribaron en la patria el terror bolchevista, hurgoneado desde hacía mucho tiempo.

A muchos les habrá parecido incomprensible, que Finlandia en 939 no aceptara las demandas soviéticas, sino se decidiera por una lucha aparentemente desesperada contra el enemigo prepotente. Pero Finlandia hubiera renegado de la *ley, segun la cual formó en su historia*, si hubiese cedido a las demandas excesivamente tras-

lúcidas y desmesuradas de los señores del Kreml. Con el tino especial para los peligros del este, durante los siglos tan desarrollado entre los jefes del pueblo finlandés como entre sus obreros y simples campesinos, fueron reconocidas enseguida las intenciones de los sovjets. En Finlandia había de iniciarse el primer avance en pro del régimen mundial bolchevista. Finlandia no pudo hacer otra cosa que defender hasta su último aliento no solo a su patria, sino también a la cultura europea. Si un hombre hacía frente a cuarenta, si el mundo solo conocía «simpatías», pero ninguna ayuda real, si el soldado finlandés, terriblemente solo, despachaba con el último tiro de su escasa munición al último enemigo, y contra los siguientes ya solo pudo defenderse con el cuchillo de acero finlandés de sus antepasados, solo encontró la fuerza para estas empresas sobrehumanas en su fé inquebrantable. Y esta fé decía: *Aquí estoy luchando contra la ruina por un mundo ordenado.* Nuestra causa es una causa justa; y sonará, porque tiene que sonar, la hora de la libertad y de la justicia, según las concibe la Providencia.

Hoy se sabe que Finlandia ha ganado esta lucha al exterior lo mismo que en el interior. Es verdad que han sido dolorosas, muy dolorosas las pérdidas de vidas, de bienes y de sangre. Pero Finlandia engrandeció con la paz dictada del 12 de marzo de 1940 y con su derrota aparente. La victoria se llamaba: unidad de la nación, fuerza moral, apresto consciente para la nueva Europa.

La lucha solo pudo unir más férreamente a la nación. A pesar de las duras pruebas últimas se coloca con nuevas fuerzas y valor decidido al lado del pueblo alemán. Incondicional y gustoso se ofrece a la lucha decisiva contra el bolchevismo. No puede haber ninguna empresa más sugestiva para el soldado finlandés, que llevar junto al compañero de armas alemán la victoria del nuevo orden del mundo más allá hacia el este, y de progresar por encima de su misión de una nación fronteriza a la más grande y feliz de una nación precursora de la cultura europea.

CORONEL DEL ESTADO MAYOR

A. GANTSCHEW, SOFIA:

Europa y el ejército bolcheviquista

Después de la guerra mundial en los años 914 a 918 Inglaterra y Francia fundaron — en Ginebra — en reacción contra el militarismo alemán imaginario, que declaraban peligroso, a la llamada Sociedad de Naciones, que debía reemplazar la «violencia» por la justicia humana y crear así un mundo nuevo.

Igual que la Santa Alianza, que después del año 815 fué a parar en reacción extremista y tiranía, la Sociedad de Naciones también se trocó en un instrumento de la Entente, que tenía que asegurar la conservación de la parte del león de la guerra mundial.

A pesar de eso no tardó en entablarse la reacción contra el nuevo instituto internacional, fundado en Ginebra. Para conjurar esta amenaza se apresuraron los pontífices de la Sociedad de Naciones, que defendían los intereses de Inglaterra y Francia, a abrir precipitadamente las puertas de la Sociedad de Naciones al bolchevismo, rechazado hasta entonces por todas las naciones.

De este modo se llegó a una paradoja singular en la historia de las naciones: por defender intereses egoistas se ofreció la mano a los que negaban el orden social europeo de entonces. En esta ocasión prometieron librar al «hombre encadenado» y trasladar de este modo el paraíso a esta tierra pecadora.

El resultado fué, que las naciones amantes de la libertad y privados de sus derechos perdieron por completo la fe en la Sociedad de Naciones, mientras que otras naciones valientes la rechazaban por completo. Estas últimas incluso la declaraban responsable ante la humanidad por haber apoyado conscientemente a la ascensión del bolchevismo. Pero aún fueron más lejos. Por iniciativa

de la nueva Alemania, acaudillada por Adolfo Hitler, fué signado en noviembre de 1936 un *convenio alemán-japonés*, que declaraba lucha abierta al bolchevismo fuera de su patria. El día 3 de octubre de 1937 este convenio fué ensanchado por la *accesión de Italia*.

Esto fué el principio del *Tripacto* entre Alemania, Italia y el Japón, signado más tarde.

Por otra parte solo sus grandes esfuerzos por crear un ejército bolcheviquista capacitaron a la Unión Soviética a entrar solemnemente en la Sociedad de Naciones, para aliarse en junio de 1941 con la Inglaterra «democrática» y hacerse fiel amiga de la América del Norte «amante de la libertad».

Gracias a la influencia que Moscú ejercía ya sobre algunas naciones tanto por la llamada Tercera Internacional como por los numerosos ejércitos de Stalin se facilitó a los partidos comunistas en España y Francia incluso la entrada en el gobierno. Más tarde los representantes y generales bolcheviquistas pudieron apoderarse hasta del mando de los rojos en la guerra española. Lo mismo se repitió en la China, donde el Japón se propuso salvar esta nación del robo organizado por Inglaterra y América.

Los jefes de la revolución bolchevista de 1917 y los fundadores del ejército bolcheviquista actual fueron: Lenin, Trotzki y Tuchatschewski. El primero entre ellos ha muerto hace tiempo; el segundo fué matado como emigrante no hace mucho, mientras que el tercero fué fusilado como mariscal. El último fué fusilado con un grupo de sus camaradas por haber exigido librar el ejército del control político directo de los agentes bolcheviquistas.

Un ejército es un organismo vivo que prospera y se desarrolla según ciertas leyes inmutables que nadie puede cambiar a su antojo. Para la victoria decisiva el ejército necesita algo más grande, más claro, más cerca de Dios y más lejos de los hombres: ídolos, ante los que la humanidad no ha podido pasar de largo en ninguna época. Más sin embargo el bolchevismo se apresuraba a tirar estos ídolos, que no sabía valuar, de los altos pedestales,

en los que los siglos los habían erguido. Pero hasta la fecha no han podido reemplazarlos por nada.

Como es sabido el comunismo teórico rechaza a los cuadros permanentes del ejército y lucha contra ellos en todas partes. Para poder exterminar después del año 917 los últimos núcleos del ejército del Zar, Lenin mismo incitó a los soldados para que asesinaran a los oficiales. De este modo el ejército ruso permanente fué destruído por completo al implantarse el bolchevismo. Pero el descalabro de la beligerancia bolcheviquista demostró que nadie puede crear un ejército sin poner en cuenta los axiomas aceptados por todos los ejércitos.

Por fín también los jefes bolcheviquistas llegaron a la misma convicción. ¡Pero cuando los «especialistas» lograron crear tal ejército les volvió a entrar el miedo, reprimido hasta entonces, a una fuerza armada organizada en permanencia...!

Esto lo prueban dos hechos: primero el restablecimiento de los llamados comisarios políticos y después el alejamiento brutal de todos los oficiales que tuvieron el valor de defender la estabilidad del ejército permanente organizado por ellos mismos.

Este recelo duró sin embargo hasta que llegó el momento decisivo del junio de 941, en el que el ejército bolcheviquista tenía que representar una potencia moralmente vigorosa, en la que podía confiar el régimen soviético actual para todo lo que le pareciera valioso.

Buenos conocedores de la situación actual de la Unión Soviética afirman que aparte de los motivos indicados ya faltan allí tres piedras fundamentales para poder levantar sobre ellas el poder militar ruso: No tiene confianza en el mismo régimen el campesino que llena las filas del ejército. La igualdad, de la que le han hablado tanto, también fué solo una frase vana, porque para este campesino la antigua desigualdad entre él y el noble se ha repetido bajo la forma de la desigualdad entre la masa y la clase dirigente. A pesar de que las iglesias fueron derribadas no se pudo eliminar la fe del alma mística del eslavo. Muchos soldados

bolcheviquistas llevan bajo las blusas cruces y escapularios, porque lo mismo hoy como en el pasado el único consuelo para el campesino ruso, abandonado en la miseria, es la religión.

Y no solo a la mayoría de los soldados rusos les falta el sentimiento nacional, sino también a los de las demás nacionalidades pertenecientes a la Unión Soviética. Stalin se atreve a dirigir en la hora grave para el bolchevismo un llamamiento lacrimoso al patriotismo de todos los soldados, oficiales y paisanos soviéticos; ¿pero quien pudiera dar una definición exacta del patriotismo soviético? Por otro lado es cierto que los bolcheviquistas convencidos llevan en sí un fervor que los capacita a incendiar todo en todas partes y a derrotar lo que se les ponga por el camino.

La vía por la que han echado los potentados de Moscú durante los dos últimos años para llevar al Ejército Rojo al lado de la «democracia» prueba que Stalin — pudiendo subyugar todo — ha permanecido fiel al ideólogo del bolchevismo, al difunto Wladimir Uljanoff Lenin. Para este antiguo vencedor de Alexander Kerenski el destino principal del ejército rojo bolcheviquista era apoyar la revolución soviética. Además ya fué dirigida también desde este punto de vista la política extranjera de Moscú desde el primer día del bolchevismo en el año 917.

Por su muerte prematura Lenin mismo no pudo conducir al ejército rojo a la ejecución de la «revolucion mundial».

Este papel difícil le tocó a su sucesor Jossif Stalin. Ya lleva el ejército rojo luchando cinco meses contra casi toda Europa, acaudillada por Alemania.

¿Será capaz el ejército bolcheviquista solucionar el problema enorme que le ha planteado el soberano actual de las naciones, cuyo país no hace mucho fué gobernado por los Zares rusos?

Pero ante todo, ¿existen las condiciones que pudieran garantizar el éxito? Según las notas dejadas por Lenin el ejército rojo solo debía prepararse a luchar en los casos, en los que se hubiese hecho antes en el país enemigo una propaganda bolcheviquista

eficaz y en los que se pudiera suponer, que la retaguardia del enemigo estaría quebrantada de antemano.

Pero en la guerra actual ni Alemania ni ninguno de sus aliados se encuentran en esta situación. En el Reich el pueblo alemán está unido, apoyando firmemente al Führer y dispuesto a seguirle adonde sea y hasta el final. Más aun. A la Alemania de Adolfo Hitler y a Italia las apoyan también Europa entera que está dispuesta a la lucha y a la victoria absoluta. Esta guerra no se dirige contra el pueblo ruso, sinó contra el bolchevismo, que no solo perderá la guerra, sino que cometió suicidio cuando se prestó a la ayuda de los plutócratas en la City de Londres y a los llamados demócratas de Washington.

¿Todavía es necesario añadir que la guerra, forzada sobre Alemania por el bolchevismo, ya está perdida para Moscú?

Los futuros acontecimientos militares, que se desarrollarán en el Este, coronarán a la lucha santa, en la que combaten victoriosos los valientes soldados de aquel frente, con el éxito definitivo. Legiones voluntarias de estudiantes, intelectuales y obreros de casi todos los países europeos luchan allí mano a mano.

Todas las Naciones se encontraban al Borde del Abismo

Solo con miedo Francia puede imaginarse, cómo trataría Inglaterra a una Francia herida a muerte. ¡Qué destino terrible el de Francia si el bolchevismo no fuera anonadado por Alemania, sino entraría como ejército rojo en Polonia, Alemania y Francia!

Secretario General Marion, Lyon.

Europa y América

Los Estados Unidos de América del Norte han tendido casi siempre en el curso de su desarrollo histórico, a distanciarse de Europa. Su política era siempre una política de aislamiento. Los Estados Unidos no eran fuertes desde el punto de vista militar y caso de mezclarse en las discordias europeas nada podían ganar y en cambio se expondrían a serios peligros. Así nació la Doctrina de Monroe (1823), profesión de fe de la Nación americana en materia de política exterior. «América para los americanos»; Los Estados Unidos ausentes de los problemas europeos, pero a cambio de una ausencia, también absoluta, de Europa de las cuestiones americanas.

Hasta la guerra mundial de 1914 se mantuvo en vigor este principio fundamental de la política americana. Pero en el curso del conflicto bélico se abrió paso otra tendencia. Apenas conseguida la victoria, América volvió de nuevo la espalda a Europa. El Tratado de Versalles no fué nunca ratificado por los Estados Unidos, como tampoco jamás ingresaron en la Sociedad de Naciones. Comenzaron a notarse los primeros desengaños acerca de las consecuencias de la guerra. Se había dicho que el objeto de la guerra era fortalecer las democracias. La paz debiera haber sido consolidada por la guerra pero de hecho era más precaria que nunca. Ante los ojos de América el *caos europeo* aparecía más extraño y espantoso que en cualquier tiempo pasado y de aquí que la corriente de aislamiento frente a Europa fuera ganando adeptos de día en día.

América disfrutaba de la ventaja inestimable de su *unidad política*. Los Estados Unidos consiguieron esta unidad en su lucha por la independencia frente a Inglaterra y han sabido conservarla después. La Nación se ha visto, libre de las *continuas guerras* que han asolado a Europa desde hace siglos. Ya no eran necesarios

los armamentos dentro de cada uno de los Estados federales; aquel continuo oscilar entre la guerra y la paz fué sustituido por el sistema de la alianza entre ellos. Solo hacia el exterior, para la protección del Continente era necesario un poder militar.

La unidad política acarreó una ventaja considerable en el terreno *económico*. Su desenvolvimiento no fué dificultado por un sin fin de *barreras aduaneras* que parcelasen el territorio. Un mercado unitario y gigantesco abarcaba todo el país y las empresas económicas podían extenderse desde el Atlántico al Pacífico.

Sin esta unidad política los Estados Unidos presentarían una fisonomía completamente diferente. La *estructura económica* de América y su posición en el Mundo están íntimamente ligadas a esta *unidad política*. No tiene pues, nada de extraño que guarden su Constitución con el mayor respeto, como algo sagrado, y que eduquen a las nuevas generaciones en la mayor veneración hacia ella. Gracias a esa unidad política América mira hacia el Exterior como un solo Estado. A esto hay que añadir la situación de los Estados Unidos. A Este y Oeste le limitan los dos grandes Océanos. Al Norte se halla Canadá, país de historia semejante a la suya y del cual ningún peligro tiene que esperar. Por el Sur Méjico, estado débil, al menos por ahora. Por una estrecha lengua de tierra se pasa a la parte meridional del Continente cuyos Estados, desde el punto de vista de la fuerza, no pueden compararse ni remotamente con los Estados Unidos. La posición de América viene condicionada por tres factores, a saber: su gran territorio rico en tesoros naturales, su unidad política y su favorable posición geográfica.

●

Volvamos ahora a Europa y encontraremos el reverso de la medalla. Comparando la totalidad de Europa con América del Norte hallamos diferencias radicales en los 3 puntos de que hemos hablado. La superficie de Europa es bastante más pequeña que la de los Estados Unidos mientras que su población (370 millones) es muy superior a la de este último (130 millones). Más importante

todavía es en esta comparación la atomización de Europa. Frente a la unidad política que presenta América, Europa desde siempre ha vivido fraccionada en numerosos Estados independientes. A nosotros nos parece natural este parcelamiento. Desde nuestra niñez hemos aprendido esta situación como algo dado e indiscutible. Nunca se nos enseñó ni siquiera a pensar en la posibilidad de otras formas de coexistencia. Pero consideremos por una sola vez lo que significa en realidad esta situación «natural». ¿Qué representa y qué cuesta esta desmembración de Europa?

La dispersión de Europa significa en primer término que el Continente se halla surcado por doquier de fronteras militares. Y estas fronteras militares suponen al mismo tiempo un fraccionamiento económico. Cada Estado constituía una unidad económica independiente. Ahora bien, se comprende fácilmente que estas pequeñas unidades estaban muy lejos de poseer las posibilidades de desenvolvimiento económico de que disponen los Estados de la América del Norte.

A las fronteras militares corresponden también *fronteras culturales*. Cada Estado forma una unidad espiritual con perfil más o menos fuerte, y con su propio *patrimonio cultural*, sus *tradiciones*, sus *ideales* y su peculiar *actitud ante la vida*. La separación militar viene siempre reforzada por las diferencias espirituales. Todos hemos sido educados en la idea de que cada pueblo ha de poder defender con la fuerza de las armas sus particulares intereses frente a los demás pueblos europeos que conviven apretadamente con él, en el escaso territorio de Europa. Esta necesaria disposición constante para la guerra abre un abismo profundo entre las Naciones. No hay por consiguiente en Europa una auténtica comunidad que abarque la totalidad del Continente y que pueda ser comparada con la de América. A los hombres no se les ha enseñado a desear un sistema de instituciones y organismos extensivo a todo el territorio, destinado a servir al bienestar común. Cada Estado ha creado solo para él uno de estos sistemas, y, de este modo disponemos de un número mayor o menor de pequeñas esferas espirituales, pero de ninguna gran comunidad como la de los Estados Unidos. Europa deja actualmente perderse un gran

caudal de energías que en sus efectos sería de posibilidades inmensas.

Sin embargo es innegable que la causa principal de estas dificultades, a saber, el fraccionamiento político, puede ser suprimida. A los ojos de América, la Europa dividida por sus incesantes guerras constituye un fenómeno reaccionario. El hombre de la calle considera la situación política de nuestro continente como algo medioeval. Y reconozcámoslo, nuestra estructura política está realmente anticuada. Corresponde a una época en que la población de Europa era sólo una parte de la actual y las condiciones de vida muy diferentes a las de nuestros días.

*

Hay un camino seguro para la *paz* en Europa que consiste en la supresión radical de los *antagonismos*. Una solución duradera de los problemas de Europa tendría como supuesto previo la creación de un gran territorio colonial común para sus necesidades de abastecimiento. Mediante una planificación general se podrían aprovechar las fuerzas disponibles en ventaja de todos y cada uno de los Estados. Pero una solución de este tipo presupone además un *orden político* amplio nuevo.

El porvenir demostrará cómo hubiera sido más prudente por parte de Inglaterra, haber colaborado a tiempo en una unión de los Estados europeos. La creación de esta unidad forma nuestra gran meta. Un orden económico que provoca tales conflictos entre los grandes países, es *insoportable*, no es viable, no sólo para los Estados inmediatamente afectados por las guerras, sino para *todos* los pueblos europeos. Ninguno puede escapar a la estrecha convivencia que le liga a los demás, condicionado por circunstancias geográficas e históricas. Mantener el orden actual equivale a vivir indefinidamente al borde del volcán. Nadie puede contar con ser respetado cuando se produzca la desgracia.

Una íntima colaboración y ordenación de todas las fuerzas europeas es ya necesaria en nuestras relaciones con el resto del

mundo. Hace cien años todavía estaba Europa tan por delante del resto del Globo en la Cultura y la Técnica que no había que temer ningún peligro de fuera; es más, los europeos podían llevar su influencia a todos los demás continentes sin encontrar la menor resistencia en parte alguna. Ahora bien en un mundo que progresa incesantemente no puede concebirse que los pueblos europeos luchan entre sí. Se trata de problemas cuya solución determinarán el destino de Europa durante siglos. Se trata de saber si Europa en el futuro va a constituir una unidad dotada de fuerza vital que pueda figurar al lado de las demás unidades, y para ello es preciso que las posibilidades de existencia de la gran masa de la población queden absolutamente bajo el control del continente europeo. El problema estriba en saber cómo ha de conseguirse la unidad. Alemania por su parte ha expuesto clara y terminantemente su programa de consolidación de Europa.

La unidad de Europa no puede ser dictada ni impuesta desde fuera. No existe ningún país fuera de Europa que pudiera tener ni interés ni capacidad para ello. Al contrario, en lo que están interesados es en que Europa se desangre en luchas intestinas. *Nosotros mismos, los europeos tenemos que resolver el problema.* Es una cuestión vital para nosotros el formar una unidad sana y fuerte. Las Naciones que por estar en la periferia de Europa se libraron hasta ahora de los horrores de la guerra no tienen derecho a pensar que en el porvenir sucederán las cosas como hasta ahora. La anarquía supone a la larga la decadencia fatal de todos los pueblos europeos.

Sin embargo, ¿es posible aún vencer las premisas de la historia y crear una unidad europea a pesar de las enconadas luchas de los últimos decenios?. La respuesta ha de ser forzosamente afirmativa, pues lo contrario significaría la ruina implacable de nuestra cultura europea. Todos los obstáculos han de ser vencidos, ya que es evidente que por primera vez los pueblos de Europa se hallan frente a una cuestión de vida o muerte para ellos.

*

La unidad europea no puede imaginarse como una imitación de la de los Estados Unidos. No puede pensarse que las distintas y numerosas Naciones europeas con sus diferentes idiomas y tradiciones puedan aglutinarse del mismo modo que la homogénea población de América. La agrupación ha de realizarse más bien sobre la base del reconocimiento de las características nacionales, pues en ellas radica uno de los elementos más valiosos de la vida europea, en este respecto superior a la americana. Pero pueden y tienen que fundirse en la comprensión de la necesidad vital de una *cooperación dentro de un marco amplio y común*.

En primer lugar, como ya hemos mencionado, ha de solucionarse el problema del abastecimiento sobre bases generales, lo cual exige un plan común. El paso a este nuevo sistema económico no es fácil, ciertamente, pero en definitiva redundará indudablemente en beneficio de todos los pueblos europeos. El plan económico común ha de descansar, naturalmente, sobre una *cooperación militar*; esto vale tanto como afirmar que la política europea del equilibrio de fuerzas ha de sustituirse por otro sistema. Después de la derrota de Francia no puede decirse que haya en Europa ningún equilibrio. En su lugar existirá en el futuro una cooperación basada en la comunidad real de intereses que constituirá el fundamento sólido del nuevo orden europeo. Con ella se logrará al propio tiempo crear la *comunidad espiritual* de la que tan necesitados están los pueblos de Europa.

No hay ni que decir que la unidad económica y militar necesita de la espiritual del mismo modo que la unidad de América tiene como fundamento espiritual el respeto de su Constitución. Algo análogo necesitamos en Europa. Al lado del amor a la propia Patria ha de despertarse y fortalecerse el sentimiento de la comunidad europea. El orgullo de ser europeo no ha de limitarse a los estrechos contornos de su Patria, sino que ha de referirse también al hecho de pertenecer a una comunidad de destino europea y total. Hay que despertar en cada europeo el afán por colaborar en la tarea de hacer de la nueva Europa el país del progreso social y cultural.

Los viajes de mi vida

Todo invitado a pasar una temporada en una casa, acostumbra a escribir agradecido, después de abandonar ésta. Para mí hoy es algo difícil. Tendría que escribir una carta cordialísima a cada una de las 30 bellas ciudades alemanas que he visitado, y después consagrar el resto de mi vida a mostrar mi agradecimiento a cada una de las innumerables personas que me han dispensado una acogida encantadora como si fuese una persona de su familia. Llamo a este viaje mío por Alemania «El viaje de mi vida», no porque no hubiese viajado con anterioridad a él, sino por lo mucho que ha significado para mí.

Yo vivía con mi marido, en medio del campo, y tratábamos de seguir lo que pasaba en el Mundo, a través de los periódicos y de la radio. Nuestras simpatías estaban con Alemania y su Führer, pero a veces recibíamos noticias deprimentes. Surgía de cuando en cuando la duda: ¿vencerán los alemanes? ¿Qué ambiente habrá en Alemania?

Cuando la Sociedad Nórdica me invitó a un viaje por el Tercer Reich con objeto de dar unas conferencias acepté inmediatamente. Se me ofrecía la oportunidad de un viaje desde Kiel hasta Villach, desde Aquisgrán hasta Breslau. No soy ningún político, pero con mi corazón puedo sentir y con mi inteligencia comprender, lo que es justo y lo que está equivocado de cuanto se oye sobre la situación de Alemania durante la guerra.

He realizado el viaje de mi vida y ya ningún «Según telegrafía Reuter» o «Comunican desde Londres» podrá intranquilizarnos más acerca de las circunstancias interiores de Alemania.

El comprometerme a actuar de conferenciante era algo arriesgado; habían pasado treinta años desde que intenté hacer uso de la palabra en una reunión pública. Ahora debía además hablar en un idioma extranjero. Pero si la Sociedad Nórdica se arries-

gaba a ofrecermelo yo también debía arriesgarme a aceptarlo. Después se demostró que había acertado plenamente. Nunca olvidaré el silencio respetuoso de las salas abarrotadas de público, ni cuando rompía a reír cordialmente o cuando llorábamos juntos como alguna vez sucedió. Era un acontecimiento leer ante un público tan sensible obras como «Victoria», «Markens Gröde» mis propias «Langerudkinder». Como tampoco olvidaré cuando venía la gente a mí y tomándome materialmente de la mano me llevaba a visitar a esta o a aquella persona. Para mí era incomprensible como en medio de una guerra pudiese haber una paz semejante en los espíritus.

La misma experiencia recogí en los frentes. Los soldados disfrutaban como chicos en el Teatro del Frente, por las tardes, sin preocuparse de que quizás a la mañana siguiente a alguno de ellos le estaría esperando la Muerte. Solo los hombres de gran fuerza y elasticidad espiritual, los hombres que han conseguido su propio equilibrio interior, pueden reaccionar de un modo tan magnífico. No era ninguna danza macabra, ninguna psicosis de guerra cuando los muchachos alemanes bailaban en los hoteles mientras en la calle reinaba una plena obscuridad; era fe, confianza en el mando y—digámoslo también—una alegría formidable de vivir.

Cuando se llega del Extranjero a la Alemania de la guerra la primera impresión que se recibe merced al obscurecimiento nocturno de las ciudades, es la de hallarse verdaderamente en una época de guerra. Esto proporciona una impresión de tiempos remotos, que tiene su encanto. Las grandes ciudades febriles modernas han vuelto a ponerse en contacto con la Naturaleza y han recobrado la luna y las estrellas. Pero, naturalmente, ¡hay guerra! y se nos presenta en el racionamiento de las comidas aunque el viajero obtiene una cantidad realmente abundante de víveres. Los hoteles alemanes en tiempo de guerra pueden competir con los noruegos en época de paz. Pregunto a una señora alemana a quien he conocido aquí, qué podría enviarla desde Noruega como prueba de agradecimiento por las atenciones recibidas. Yo había pensado en algo de mantequilla, café o en nuestro

afamado queso. Ella me contestó: Prefiero un bordado a mano noruego; me gustan mucho los trabajos a mano. En esta carta que constituye como un saludo a todos mis amigos alemanes, no puedo citar todas las ciudades que visité. Tampoco es necesario; ya lo fueron en la Historia de la Cultura, en la Historia del Arte y en general en la Historia Universal.

En todas las ciudades fui recibida con una cordialidad verdaderamente emocionante. Todos querían enseñarme cuanto había digno de ver. Con frecuencia, desgraciadamente, lo más bello y agradable para mí hubiera sido un cuarto tranquilo con una buena cama. El programa del viaje estaba fijado de antemano y en cada tarde había de estar en una nueva ciudad, presentarme ante una nueva sala y un público nuevo; además de que aunque para mí sea muy triste ya no soy ninguna muchacha. Pero en cambio logré captar una impresión personal de la situación real de Alemania, de su frente interno.

Cuando regresé de nuevo a mi casa tenía la absoluta certeza de que este frente es tan inexpugnable como el militar.

Sin la sustitución de los hombres en muchas funciones, sin la aportación consciente y entusiasta de las mujeres nacionalsocialistas alemanas no podría mantenerse este frente como hoy se sostiene. Su esfuerzo está en primera fila, su matiz marcadamente femenino le proporciona su especial fortaleza.

Podría extraviarnos el considerar como neutral lo que sobre la situación de Alemania se oye a menudo en los llamados círculos «neutrales».

Algunos comentan con gesto preocupado la tendencia actual alemana hacia la uniformidad o la prohibición de oír emisoras extranjeras que pesa sobre el *pobre*, el *tiranizado* pueblo alemán. O de otras cien cosas que desde el extranjero se quisieran ver suprimidas para que la vida de los alemanes fuera realmente *digna de ser vivida*. (Al fin y al cabo no son otros los motivos por los que Inglaterra afirma haber declarado la guerra a Ale-

mania.) Quizá los países escandinavos puedan sacar también alguna consecuencia de esta carta.

Se reprocha la uniformidad. Pero cualquier extranjero que haya contemplado la obra gigantesca que puede llevarse a cabo cuando todas las fuerzas de una Nación actúan coordinadas en una misma dirección, no podrá menos de desear para su propio país un poco de «uniformidad».

Con verdadero orgullo muestran los alemanes al visitante extranjero sus nuevas construcciones. Se dirían que son recién casados deseosos de enseñar su nueva casa: «Ved qué bello es todo, qué práctico y ordenado.» La comunidad nacionalsocialista esta cruzada de hilos finísimos en todas las direcciones; constituye un organismo con un sistema nervioso y un sistema circulatorio. Es ingénuo suponer que un organismo tal puede ser formado y sostenido no más que por la fuerza. El movimiento nacionalsocialista es el común denominador de todo cuanto sano existe hoy en Alemania. Y por eso ha arrancado violentamente todo lo que había de extraño o inorgánico en el país. A esto es a lo que se ha llamado «tiranía». En ella radica actualmente la fuerza en el frente interior. Aquellos que esperan una rectificación o un gesto de desfallecimiento acabarán por convencerse de su error.

Por el Honor y la Libertad

La entrada de tropas soviéticas en Bulgaria hubiera sido el final de su independencia. Por medio de una maniobra redomada la Unión Soviética ha intentado llegar por Bulgaria al Bósforo y a los Dardanelos. Ha intentado hacer entrar a Bulgaria en guerra contra la Turquía, para conseguir con esto la posibilidad de disponer a su arbitrio de los Balcanes.

Ministro Wassilijeff, Sofía.

Estudiantes de Mussolini

Hace unos doce años, cuando los estudiantes nacionalsocialistas eran todavía un pequeño núcleo que luchaba al lado de sus compañeros de la SA. y de la SS. por la conquista del Poder, los estudiantes de Roma celebraron una manifestación ante el *Palazzo Braschi*, sede del Partido fascista en la capital de Italia, para vitorear al Duce que iba a entregar unas banderas a las organizaciones del Partido. El Duce no tenía intención de mostrarse ante el pueblo sino que pensaba regresar inmediatamente al *Palazzo Venezia*. Sin embargo acabó por ceder a las aclamaciones de los estudiantes entusiasmados y se presentó en el balcón. En medio de la general extrañez y sin que nadie supiera de dónde los había cogido, apareció con *un libro en una mano y un fusil en la otra*. Esta actitud del Jefe supremo de los estudiantes italianos se ha convertido desde entonces en el símbolo de los «*Gruppi Universitari Fascisti (GUF)*». Y en realidad en estos dos símbolos se refleja todo el programa y el ideario de la GUF.

La organización de la GUF puede considerarse sin la menor exageración como una de las creaciones más felices y dotada de mayor fuerza dinámica. Ha luchado siempre en la vanguardia del Partido y éste a su vez le ha confiado misiones principalísimas y de interés vital para la Nación. Hoy representa a la totalidad de la clase directora del mañana. Y puede y tiene que representarla porque siempre ha cumplido todos sus deberes bajo la misma consigna: *intransigencia*. Intransigencia y voluntad férrea en todos los terrenos: en la política, en la economía, en el Arte, en el estilo de vida, en las mil pequeñeces de la vida cotidiana. Así se ha convertido la GUF en un valioso colaborador de la educación estatal de la juventud, toda vez que había sido puesta en sus manos la educación *política*, que tanto en Alemania como en Italia absorbe hoy tanta atención como la educación corporal o la educación intelectual. La GUF podríamos decir que repre-

sentá un elemento de unión entre el Estado y el Partido. La tarea de la educación política dentro de la formación total estudiantil determina inequívocamente el ritmo de trabajo de la GUF dentro de cada uno de los campos de su actividad, como son *Cultura y Arte, Deportes, Instituciones Sociales y Colaboración estudiantil internacional*. Por eso no existe actualmente en Italia ningún problema profundamente italiano o de carácter superestatal que no reclame el interés y la atención de la juventud. Esta juventud que es plenamente consciente de la responsabilidad que le corresponde en una época extraordinariamente rica en palpitantes problemas de alcance mundial, que se desarrollan con una rapidez a la que la historia no nos tenía acostumbrados. No hay ninguna cuestión por pavorosa que parezca ante la cual tiemble la juventud; a ellas se acerca armada de los dos sentimientos que constituyen su privilegio y su mas seria obligación: independendencia de criterio y espíritu revolucionario.

Para mantener vivo este espíritu y hacer del símbolo «Libro y fusil» una tradición que asegurase el futuro, fueron creados al lado de la actividad meramente educadora de los grupos universitarios dos clases de competiciones en las que anualmente se congregaba toda la juventud de las Universidades y Escuelas Especiales italianas: el «Litoriali della Cultura e del'arte» (torneo de la cultura y el arte) y el «Litoriali dello Sport» (campeonatos deportivos).

Hay que haber participado alguna vez en los Litorali de la Cultura para saber con qué seriedad y entusiasmo los estudiantes se aplican a llevar la idea de la revolución fascista a todos los terrenos. Los «Intelectuales» del mundo liberal se sorprenderían si viesan con qué libertad, con qué alegría y franqueza, con qué convencimiento actúan ante las comisiones los estudiantes, a quienes ellos acostumbran a calificar de «pobres víctimas de los tiranos fascistas». Y se sorprenderían porque no lo comprenden. Nunca podrán comprender lo que significa para un estudiante italiano, vencedor en tales pruebas y competiciones por la claridad de sus ideas o la fuerza de sus convicciones o la madurez de su formación, ser recibido después como «Littore» por el Duce y llevar orgulloso la «M» de oro sobre su uniforme para que todos

los demás digan: ese es un hombre digno de imitación, ese podrá mandar y mandará el día de mañana.

Probablemente aún de un modo más inmediato actúa sobre el espectador el espíritu combativo de los campeonatos deportivos. Aquí se destaca en primer término la idea de virilidad; el campeón lleva los colores de «su» Universidad, es el representante de una pequeña comunidad dentro de la gran familia estudiantil y ante ella, al singularizarse en los Juegos, se compromete moralmente a desempeñar más tarde auténticas tareas directivas y singulares.

Sin embargo hasta hace muy poco tiempo existía en el sistema educativo de la GUF una laguna: faltaba el contacto inmediato de los estudiantes con la clase trabajadora, con la clase obrera, el realismo más patente de la vida humana. El Nacionalsocialismo lo había reconocido ya y figuraba inserto en su programa como uno de los puntos básicos, ya que el equilibrio social es una de las condiciones fundamentales de una vida sana nacional. No solamente era necesario dar al obrero más facilidades que hasta aquí para acercarse a las fuentes del saber y de la cultura, sino que era necesario también que no se detuviera en el umbral del mundo cultural como ante una puerta cerrada para él; había de poder entrar en él, conocerle y aprender a apreciarle. Así la reciente «Carta della Scuola» (Ley fundamental sobre la escuela) establece para los estudiantes una especie de Servicio de Trabajo, como el alemán. Las disposiciones aclaratorias para la ejecución de la Ley no han sido publicadas aún por el Secretario del Partido, y el Jefe accidental de la Asociación estudiantil y Vice-secretario del Partido *Gatto* considera como una de sus principales tareas a realizar después de la movilización estudiantil, llevar a la práctica el contenido de esta disposición. En el terreno de pura organización la unión íntima entre estudiantes y obreros es ya un hecho en Italia; a cargo de la GUF está la preparación y organización de los «*Litoriali del Lavoro*» que vienen a corresponder a los campeonatos de las organizaciones del trabajo en Alemania. Los Jefes estudiantiles tienen que ocuparse de los problemas y las exigencias de los obreros y la celebración de los *Litoriali del trabajo*, que a diferencia de Alemania tienen lugar

todos los años en la misma ciudad constituye siempre una manifestación grandiosa de firme y sólida camaradería. Existe igualmente estrecha cooperación entre la GUF y las grandes organizaciones económicas y productoras, las cuales casi siempre entre sus elementos directores cuentan con antiguos miembros de la GUF, principalmente de las secciones *Laureati* y *Diplomati*. Como dijimos al principio, el Partido fascista tiene en la GUF un instrumento valiosísimo firmemente ligado a la estructura política del nuevo Estado, que cada vez de un modo más directo entra a tomar parte en las tareas y funciones del Partido. Una prueba de ello la tenemos en que con arreglo a la legislación vigente el Secretario del Partido es al mismo tiempo Secretario de la GUF. El Vicesecretario de la GUF, que es el que de hecho es el Jefe de la Organización estudiantil, es nombrado por el Duce a propuesta del Secretario del Partido y reúne la condición de miembro del Directorio Nacional del Partido y de la Cámara de Diputados. La casi totalidad de los estudiantes italianos, encuadrados en las Organizaciones fascistas, se halla en el frente actualmente. La labor política de la GUF en las Universidades continúa no obstante y cada vez es más intensa. El Duce ha accedido al deseo vehemente de los estudiantes de defender la Patria con las armas en la mano, y así se hallan, como los estudiantes nacionalsocialistas y los de los otros países jóvenes y amantes de la libertad, empeñados en la gigantesca lucha de nuestro tiempo: *la lucha por el mantenimiento de los valores más altos de la humanidad.*

La Herencia de los Siglos

En el frente no se decide una cuestión política del poder, sino el destino de 3000 años de cultura occidental, 3000 años de trabajo, que muchas generaciones de Europa han llevado a cabo penosamente para ellas mismas y para el mundo entero y que el bolchevismo intenta borrar de la historia.

Conde Ciano, ministro de Relaciones Exteriores italiano.

Caminos de España

Si, cara al mar o al cielo, España supo andar siempre rutas de verdad, en este momento definitivo de su historia, con aspiraciones de altura y tristezas de realidades terrenas, debe hacerlo más que nunca. Y la verdad de España es la de siempre: «su verdad». Decía Saavedra, hablando de los príncipes y los fuegos artificiales, que «toda actividad procede de la materia». Mas, por el contrario, toda verdad procede del espíritu y así España, espiritual y verdadera, coloca su afán de certidumbre en esperanzas de misión. Política de misión podría titularse la política de España, desde que fué hasta que dejó de ser; esto es, desde que se hizo grito, guerra y rebelión por riscos de Asturias, hasta que se nos marchó de las manos por cuestas de amable decadencia, de espaldas al único de los Felipes. Porque España tiene la fatalidad de los nombres — de la grandeza de los nombres —, «que a mucho obliga», como campa en motete, y aun estamos esperando al Felipe que nos recuerde, siquiera, al «demonio del Mediodía».

Pero nos vamos. Política de misión es la española, simple y llanamente porque el buen hispano — que cree en Dios y adora a sus señores — no la comprende tan sólo como el arte de regir la «cosa pública». Otra vez la verdad y otra vez el espíritu. España cree en su imperio espiritual. Claro que no en el bobalicón imperio de las ideas puras, porque España tuvo que imponerlas por arma y guerra, pero sí en el que tiene «un fin de ideal». Ayer, con palabra cálida y decir exacto, el doctor Goebbels glosaba el valor de las batallas espirituales, «capaces también de ganar victorias». Fuera y por cima de la materia y las pasiones, en un ultramundo de perfección, España aspira a que se mueva su política. ¿Que por qué escribimos esto? «Porque la fama, señor, la fama y la infamia son las que obligan a obrar bien» — se dijo por

el XVI — y es conveniente, de vez en vez, recordar glorias para olvidar tristezas.

Política de misión. Hace ya años escribí de ella, cuando bordeaba los veinte y soñaba en la guerrilla. De ella solía escribir cuando tenía veinticinco y había luchado en nuestra Cruzada hasta dolerme el corazón de nostalgia de hogar. José Antonio dijo que «España era una unidad de destino dentro de lo Universal». He aquí la política de España. Una en su futuro, en su proyección en el mundo, dentro de esa aspiración entera, universal, del triunfo espiritual. Triunfo espiritual en lo material — al César lo que es del César — y también en lo celeste, en lo angélico, en lo divino. Que, al fin y al cabo, el último y supraterráneo destino del hombre es el de su salvación o perdición irremisible y España siente de tal modo su predestinación final que aspira, incluso, a la salvación como pueblo. Profundos caminos de España que hay que andar con los ojos puestos en lo alto. «Porque el camino más corto entre dos puntos pasa por las estrellas».

Fraternidad heroica

Frente a esa amistad entre los paladines de la democracia y las hordas del Cremlin los españoles, alemanes e italianos han sellado con su sangre en el cielo, las sierras y los mares de España una fraternidad heroica, que defiende más vigorosa que todos los pactos a toda costa contra los bárbaros a los valores esenciales de la cultura, en la que estamos educados y cuyo aniquilamiento no podemos tolerar.

Serrano Suñer, Ministro de Estado.

En el frente húngaro

Estamos verdaderamente contentos de haber sido destinados al frente húngaro donde nos esperan múltiples e interesantes acontecimientos. El viaje que hemos de hacer es largo, casi 300 kms, y muy de mañana nos encontramos ya en los coches, pues hemos de llegar a las primeras líneas del frente en la tarde del mismo día.

Tenemos suerte y la mañana es hermosísima. Llegamos a olvidar la guerra ante la visión de los campos de tonos amarillos y verdes que se extienden ante nosotros perdiéndose en el horizonte, y las vacas con sus crías pastando en la tranquilidad solemne de las primeras horas del día. No se aprecia huella alguna de las encarnizadas luchas que todavía no hace muchos días, se desarrollaron en estas tierras. Rápidamente fueron arrojados los soviets de estas comarcas escapando así a la derrota que en otros frentes les depararon las armas alemanas. El escaso rastro que dejó la guerra fué pronto borrado por el pacífico pueblo ucraniano.

A pesar de la apacible apariencia del paisaje despierta en nuestra memoria el recuerdo de los camaradas caídos por las balas traidoras de un enemigo taimado y escondido. Al tratar de orientarnos para continuar nuestro viaje descubrimos a lo lejos 2 ó 3 tanques y a su lado, resguardados en trincheras soldados a quienes se reconoce fácilmente por reflejar el sol en las bocas de sus fusiles. Con nuestros gemelos apreciamos el color de los uniformes: hay que tener precaución. Lentamente nos acercamos, con los fusiles dispuestos a hacer fuego. Sin embargo no pasa nada. Cuando llegamos cerca de ellos levantan el brazo para saludar: son soldados húngaros. Los habíamos tomado por rusos, porque el color de los uniformes es muy parecido. De ahora en adelante deberemos tener buen cuidado con estas equivocaciones.

Ya estamos en el sector húngaro. No puede estar muy lejos el Estado Mayor del Cuerpo de Ejército en el cual hemos de presentarnos. Continuamente nos cruzamos con soldados húngaros que

levantan el brazo para saludarnos o nos dicen adiós cordialmente. En una pequeña pausa para desayunanos en la misma cuneta de la carretera, se aglomeran a nuestro alrededor; uno de ellos habla alemán y traduce las innumerables preguntas y contestaciones. Poco después nos hallamos en el Estado Mayor de las tropas ligeras húngaras. Este es nuestro punto de destino, por ahora. Apenas dejamos el coche en lugar seguro cuando también aquí nos rodean los soldados húngaros. Cambiamos nuestros saludos y nos estrechamos las manos. Muchos saben hablar alemán, nos preguntan qué queremos, si deseamos algo, celebran nuestra llegada y se lo cuentan después a sus camaradas que no entienden alemán, quienes sonríen amistosamente con gesto agradecido. Un soldado húngaro se acerca con una copa de un aguardiente que él mismo ha preparado y nos lo ofrece; otro de ellos lo alaba como el mejor aguardiente conocido; no queda ya mucho pero para nosotros, alemanes, siempre tienen un poco. El Jefe de nuestra Unidad que entre tanto se ha presentado al Estado Mayor vuelve de allí y nos cuenta la cariñosa acogida de que ha sido objeto por parte de los oficiales húngaros.

Pronto reanudamos la marcha hacia las primeras líneas. Ya no vemos el cuadro apacible que contemplábamos por la mañana. Pueblos destruídos, tanques abandonados y coches destrozados, caballos muertos, explosiones y detonaciones de artillería forman de nuevo el cuadro y la melodía de la guerra. Adelantamos a los batallones húngaros, en marcha desde el amanecer y que al parecer han encontrado ahora resistencia. Un oficial nos dice que delante del pueblo N. el enemigo resiste obstinadamente y que por ahora no puede avanzarse.

Una hora después hemos alcanzado la primera línea. Si la cordialidad de la hermandad guerrera húngaro-alemana necesitara todavía una prueba, aquí la tenemos nosotros. «Es encantadora esta visita, camaradas alemanes» nos dice el Comandante del batallón húngaro con su acento vienés. Le encontramos bastante delante de su tropa, tumbado en lo alto de una colina, observando el tiro de la artillería propia y transmitiendo las correcciones por medio de enlaces al puesto de mando. «Como hoy no hay orden de avanzar — nos declara hablando de la situación — los bolcheviques permanecen en sus posiciones y la Artillería se en-

carga de arrojarlos fuera de ellas. Mañana temprano estarán todo hecho y podremos ocupar fácilmente las fortificaciones.»

Pero también la artillería de los soviets no cesa de hostigar las posiciones húngaras. La sinfonía desgarradora de la guerra, los disparos y explosiones, cubren aún durante horas el campo de batalla, hasta que lentamente va viniendo la noche. Poco a poco se apacigua el estruendo de la batalla. Por parte de los húngaros se toman todo género de precauciones para la noche. Si en las líneas rusas se toman las mismas medidas, o si allí se preparan para el ataque o para seguir retirándose, lo sabremos esta noche o mañana por la mañana.

IVO VUCICEVIC, AGRAM:

Eslovacos luchando por Europa

Cuando se viaja por el Generalgouvernement, viniendo de Eslovaquia, al principio no se ve ni rastro de los preparativos de guerra. Pero apenas cruzamos el río fronterizo San encontramos una región verdaderamente fortificada con toda clase de instalaciones militares que fueron construídas para la guerra contra Alemania.

Detrás de la frontera soviética oriental se encuentran en varias líneas todo un sistema de fortines gigantescos, todo lo más a 0,5 km uno de otro, que tenían dirigidos sus cañones contra el margen alemán, después numerosas fosas y galerías, trabas de alambre y barreras antitanques, sobre todo en un territorio de 10 km de profundidad, en el que nadie podía vivir ni andar.

Esas son las primeras señales sobradamente elocuentes que prueban que los soviets se preparaban para una guerra ofensiva contra Alemania y que los cuentos de las intenciones «pacíficas» de los bolcheviquistas fueron puros inventos, pero que no han podido engañar a los hombres que acaudillan Alemania. Interviniendo a tiempo han impedido que Europa fuera la presa de los bárbaros del Este.

Para derribar esta línea fortificada en la frontera fué necesario conquistar los fortines, que debían rechazar con su fuego el ataque de las tropas alemanas y eslovacas. En esta conquista se distinguieron los eslovacos en su sector y justificaron con esto la afirmación que son dignos de luchar mano a mano con los camaradas alemanes.

Algunos sucesos de combate en los que participaron unidades eslovacas lo prueban. El primer encuentro serio de las tropas eslovacas con las soviéticas tuvo lugar junto al pueblo Zagrusa cerca del pueblo fronterizo Sanok. A la izquierda y a la derecha de la carretera cañones y ametralladoras abrumaban a las unidades eslovacas que ya llevaban tres días luchando, sin poder conquistar los fortines del alrededor. Los eslovacos no lograron dominar aquella carretera y al terreno cercante hasta que después de tres días de combate apareció el coronel Pilfonsek con una sección de tropas motorizadas en el campo de batalla.

Los fortines de allí tienen varios cañones del 75 y algunas ametralladoras pesadas cada uno, que tiran en todas las direcciones. En la cercanía inmediata del fortín hay un rincón que llaman muerto, el único espacio, al que no pueden tirar; pero no es fácil avanzarse hasta allí.

Junto a Zagrusa había una cierta fortificación cerca de la carretera, que era particularmente peligrosa. Cuando era más intenso el fuego cinco soldados eslovacos foquearon hacia el fortín. Al caer la noche cesaron los tiros; los eslovacos se arrastraron sin hacer ruido ninguno hasta el mismo fortín y aquí esperaron hasta la madrugada. A las tres de la mañana, cuando se distinguían los primeros contornos de claridad el fortín lanzó un fuego intenso, al que la artillería eslovaca no contestó para no alcanzar a su propia gente. Los cinco valientes eslovacos habían llegado en el momento propicio al fortín, para lanzar contra él bombas de mano y explosivos, después de haberlo inundado de gasolina con una bomba de riego por las aperturas del periscopio, causadas por los cañonazos eslovacos. Al final usaron lanzallamas, que ahumaron todo el fortín. Este fué conquistado, la guarnición se rindió y en su cúpula ondeaba la bandera blanca, azul y roja. No muy lejos

de allí fueron enterrados dos soldados eslovacos, las primeras víctimas del joven ejército eslovaco, muertos en un tanque alcanzado.

Lo mismo que este fortín fueron conquistados los demás. Algunos resistieron también diez días sin que se rindiera la guarnición. Este hecho resulta comprensible, cuando se tiene en cuenta el parecer de los expertos alemanes, que los soviets han edificado sus líneas tan estupendamente que en algún sentido son superiores a las de Maginot, Metaxas y otras líneas fortificadas. Además hace falta saber, que las guarniciones de estos fortines, si no se trataba de las llamadas tropas escogidas de los cherqués y las naciones asiáticas de la Unión Soviética, luchaban a menudo bajo la dura presión de los comisarios políticos, que a veces con la pistola en manos obligaron sus soldados a luchar.

Para hacerse una idea exacta del espíritu y del valor moral de los soldados soviéticos hace falta saber, como trataban a sus soldados los potentados de Moscú. En cada fortín se encuentran algunas obras de la literatura propagandística de los soviets, pero también las obras del pacifista Tolstoi; en cambio no hay ni lavabo, ni retrete, solo un desorden, una peste y una suciedad terribles. El campamento se encontraba en un estado miserable (el pan, que ví allí, parecía hecho de tierra en vez de harina), lo mismo que los cuartos pequeños, en los que llegaban a dormir quince hombres. También pertenecía siempre a la guarnición una «camarada», que tenía la obligación de «distraer» a sus «camaradas».

¡Y tal ejército iba arrollar a Europa y gobernar sobre naciones cultas! Es raro lo tontos que se portaron los bolcheviquistas al gastarse milliares del capital nacional, para construir las fortificaciones ofensivas más modernas y producir armas, olvidando al mismo tiempo, que todo esto lo ponen en manos de naciones tan retrasadas, que ni siquiera conocen los menesteres más elementales. Por ejemplo me contaron soldados prisioneros, que los oficiales soviéticos les enseñaban, que un pañuelo es un «producto burgués» y que para eso basta la manga.

Ví los tanques soviéticos más modernos de 92 toneladas con tres cañones del 75 y seis ametralladoras automáticas, lo que prueba

que la Unión Soviética posee armas peligrosas; pero a pesar de eso los alemanes han dado con la falta decisiva de estos tanques gigantes, es decir, que son demasiado difíciles de mover.

La mayoría de los soldados soviéticos apresados por los alemanes o por los eslovacos son un cuadro vivo de toda la desolación y miseria de las naciones soviéticas y de la ignorancia, en la que los potentados de Moscú dejaban a sus súbditos. De la conversación con estos prisioneros deducí, que la mayoría no tiene ninguna idea exacta de lo que es aquel mundo «capitalista» que han de conquistar, para levantar en él la «dictadura del proletariado».

También me pude convencer personalmente del hecho, que en esta *dictadura de la barbarie y del judaísmo* los judíos y los allegados de las naciones asiáticas de la Unión Soviética ocupan todos los puestos de administración comunista. Muchos presos declaran no haber sido en absoluto partidarios de los bolcheviquistas; muchos se callan; sin embargo otros dicen que ellos solos son los verdaderos bolcheviquistas. Todos están mal vestidos y sobre todo sucios y desordenados. Parece como si la suciedad sería una «calidad» necesaria, pues en ningún sitio vi tanta suciedad como donde los bolcheviquistas abandonaron sus posiciones.

En las caras atormentadas de los prisioneros se ven las consecuencias de muchos años de desnutrición. Todos demuestran indiferencia personal, falta de disciplina y aversión contra toda clase de orden y de trabajo sistemático.

Todos estos hombres son seres deplorables, que viven en tierra fecunda sin saber explotarla. Costará mucho trabajo y mucha educación, para que estas naciones aprendan a guardar bien el paso con las demás naciones progresistas del mundo.

Entre los prisioneros también hallé ucranianos, que habían luchado forzados y saludaban gozosos el *día de su liberación*. Están contentos que ahora puedan empezar en la patria liberada a reconstruir su país desatendido y a esclarecer la nueva generación. Y están conscientes de la gratitud que deben además de la gran Alemania al *pequeño pueblo eslovaco*, que participó también en su liberación de la tiranía bolcheviquista: en pro de Europa.

EL COMANDANTE DE LA DIVISIÓN WIKINGA, EN CAMPAÑA:

¡A mis soldados!

Hemos vivido días de encarnizada lucha. Como siempre la División se ha batido heroicamente. Su comportamiento magnífico y su elevado espíritu han sido reconocidos unánimemente.

El enemigo ha acusado el golpe que nuestra División le ha asestado; esa División que su propaganda ha dado ya tres veces por aniquilada.

Pero continuamos frente a él con el mismo afán de lucha y dispuestos a nuevas hazañas. Bajo nuestra insignia, la rueda del sol, continuaremos la lucha hasta la victoria, en ejemplar camaradería.

La División, por su firmeza inquebrantable se ha convertido en un *símbolo* dentro de las filas de combatientes nórdicos.

Toda vez que pertenecemos a la estirpe alemana, holandesa, danesa, noruega y finesa, nuestra División Wikinga ha venido a ser el *emblema de nuestra convivencia y comunidad de destino*.

Los éxitos de nuestros magníficos Regimientos, de nuestra Artillería, Tanques, Antitanques, Ingenieros, Sanidad, etc, son la mejor prueba de la excelente preparación física y de nuestras virtudes militares. Con sincero espíritu de camaradería expresamos nuestro agradecimiento por los incansables servicios de municionamiento y avituallamiento.

Muchos buenos camaradas han caído; otros han sido heridos. Las tumbas de nuestros compañeros nos obligan a forjar firmemente en el futuro la comunidad nórdica de destino; de nuestros heridos muchos volverán y los recibiremos con la más cordial alegría. De nuestra División saldrá una generación probada en la guerra que llevará siempre con orgullo la rueda del sol y el nombre de «Wikingos».

Sé bien que en lo sucesivo la División vencerá siempre al enemigo y acrecentará más aún su propia fama.

¡Gracias, camaradas!

ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO:

La Espiritualidad Española y Alemania

Esta breve y sintética comunicación se reducirá a contestar una sola pregunta: ¿cuál es la situación actual del espíritu español ante Alemania?

No de la política española. Sino del espíritu o genio de España que es el que determina toda política. Pues la política es, al fin y al cabo, una ejecución de mandatos superiores: es una simple técnica.

Para responder esa pregunta fundamental se me ha de permitir encuadrarla en su puesto. Ya que siendo una pregunta conclusiva, un remate de edificio, es necesario conocer, antes, los basamentos que han de sustentar la respuesta.

España y Alemania estaban dispuestas por Dios sobre la tierra, es decir: en la geografía — para ser amigas y aliadas. Puesto que, entre ellas se cumplía la milenaria sentencia hindú: «¿Quién es tu enemigo? — Mi vecino. ¿Y tus amigos? — Los vecinos de mis vecinos».

España y Alemania tenían los mismos vecinos sobre la tierra. Por tanto, tenían que ser amigas. Lo fueron. Lo son. Y lo volverán a ser siempre. A pesar de los terribles obstáculos que a veces ponen los vecinos para separarlas.

En esa amistad, unión — o si se quiere, matrimonio — el papel «germánico» ha representado siempre la acción y la empresa. Y «España» el papel materno de la fecundación de esa empresa: de su universalización. Dicho en términos biológicos, Alemania el «ímpetu racista». España la «virtud raceadora». Y en términos religiosos: Alemania aportó la afirmación al problema de la vida en este mundo. Y España la solución al más allá de esta vida.

Hay quien dice que por eso un alemán y un español no pueden entenderse, y porque el uno es rubio y el otro moreno.

Pero quien diga eso no sabe donde está el Norte ni donde está el Sur. Está desorientado.

Los arios rubios han necesitado siempre en sus empresas el complemento moreno. El ario inglés — representante del espíritu de «libertad» necesitó de un pueblo moreno que coincidiese con esa idea de destrucción del continente. Y la encontró en el pueblo judío. (No en vano fué un judío — Disraeli — quien fundara el imperio inglés.) En cambio, el ario germánico — representante del espíritu de «unificación continental» buscó siempre un complemento en el Sur que coincidiese en ese afán. Y siempre lo encontró en la idea de Roma. No sólo en la Edad Media y en tiempos modernos de Carlos V. Hoy mismo el Eje Berlín-Roma y la amistad personal del Führer y el Duce es la mejor prueba de lo que digo.

El papel de España — hija de Roma — en el Sur de Europa, ha sido siempre el de representar la idea romana cuando Roma por circunstancias históricas diversas no podía cumplir su eterna misión. Por tanto España ha sido grande en su historia cuando ha logrado complementar el mundo germánico, autoritario e imperial. Y España ha sido desgraciada cuando ha traicionado ese destino, entregándose al espíritu de «libertad». Espíritu fatídico que la condujo en tiempos de los godos a la invasión musulmana. En tiempos medievales al triunfo francés de Carlomagno y al feudalismo separatista. Y en épocas modernas, a la invasión napoleónica de 1808. Y a la invasión bolchevique de 1936.

Dadas estas bases, esenciales e incommovibles, es sencillísimo trazar las líneas espirituales del alma española en su relación con el mundo germánico.

España y el mundo germánico — dejando aparte coyunturas prehistóricas — se encontraron por vez primera, históricamente, en el siglo V con la invasión visigótica en la península. El representante del espíritu español en esa época fué Isidoro de Sevilla. El cual afirmó: que Germania era la heredera providencial del

Imperio romano. Y que por tanto los españoles — hijos de Roma — (imperiales y católicos) — debían fundirse con ese nuevo pueblo de Dios. A Isidoro de Sevilla se debió la primera unificación histórica de España y Germania: la Monarquía hispanogoda, imperial y católica, teniendo como sede la que — desde entonces hasta el General Moscardó — sería la capital tradicional de España: Toledo.

Desgraciadamente el imperio visigodo careció de un Hitler, de un mando único y genial. Lo cual permitió que se fraccionara, feudalmente, el ímpetu germánico. Y que los judíos, al acecho, aprovecharan para desencadenar sobre Europa la revancha semítica, la invasión musulmana de Mahoma.

La Monarquía hispanogoda derrotada cerca del Estrecho de Gibraltar, en el Guadalete (711) se tuvo que refugiar entre las breñas del Norte y empezar la reconquista o liberación de España frente al Oriente invasor. (Del modo como en 1936 ante la invasión oriental bolchevique tuvo que empezar la nueva reconquista desde las mismas tierras de donde partieran los caudillos godos medievales: Asturias, León, Galicia, Castilla.)

El índice espiritual de aquella Reconquista hispanogoda fueron los «Cantares épicos de gesta» y los del «Mester de Clerecía». Las hazañas del Cid, vencedor de los moros. De Bernardo del Carpio, el héroe legendario que derrota a Carlomagno. De Fernán González que funda Castilla. Junto a esos «cantares de guerra» con su poesía aria, señorial y de casta — hay que poner, mas tardíamente, los «Cancioneros» cortesanos de una lírica exquisita, feudal y aristocrática.

Desgraciadamente, Francia — apoyada en la Orden de Cluny y en Papas favorables a sus designios especiales — derrotó al naciente imperio leonés del siglo XI. Y más tarde, al naciente Imperio castellano del siglo XIII simbolizado en la magna figura de Alfonso X el Sabio, emparentado con la Casa de Suabia. Y el cual, desde su Alcázar de Toledo, estuvo a punto de anticiparse en dos siglos al Emperador Carlos I de España y V de Alemania, haciendo de nuestros dos países un solo pueblo.

Las mismas corrientes adversarias de Francia y de las gentes ánglicas y normandas obstaculizaron durante los siglos XIV y XV el Imperio mediterráneo de la Casa de Aragón. Y todas las pretensiones hegemónicas de Castilla: reflejadas en la lengua y libros del Arcipreste de Hita, del Infante Don Juan Manuel, del Canciller Ayala, de Jorge Manrique, de Juan de Mena, del Marqués de Santillana y de Nebrija.

Los escalones políticos de esa época: en la Idea del Imperio, en la tradición hispano-goda del Imperio — fueron las figuras de Pedro III de Aragón, de Alfonso V el Magnanimo, de Don Álvaro de Luna y de César Borja.

Pero este sueño hispano-germánico del Imperio no se pudo lograr hasta que la genial política de los llamados Reyes Católicos, Isabel y Fernando, concertó las bodas de sus hijos Juan y Juana con arios austríacos de la Casa de Augsburgo. Tales matrimonios fueron para el Imperio hispano-austríaco de Augsburgo tan fundamentales como el descubrimiento de América por Colón y la expulsión de moros y judíos bajo los mismos Reyes. Porque de la unión de Juana de Castilla y Felipe el Hermoso de Augsburgo nacería el César o Führer del gran Imperio universal del Renacimiento: Carlos I de España y V de Alemania. Así como su hijo sucesor Felipe II.

Los índices espirituales que encarnaron este triunfo del Imperio son universales: en la Lírica, un Garcilaso y un Fray Luis de León. En la Mística, un Loyola y una Santa Teresa. En la Épica, un Ercilla y un Hojeda. En la novela, un Cervantes. En el teatro, un Lope de Vega. En los tratados doctrinales, un Guevara y un Valdés. En la Historia, un Mariana. En la pintura, un Greco. En la arquitectura, un Herrera. En las ciudades y monumentos, un Toledo y un Escorial.

Francia fué otra vez la que desde el siglo XVII inició lo ofensiva contra este Imperio, auxiliada por piratas ingleses, holandeses y turcos. Así como por Pontífices favorables a sus hegemónicos designios.

La primera guerra civil de tipo moderno nos la promovieron los franceses con la llamada Guerra de Sucesión entre Austríacos y Borbones. La Guerra de los Borbones, para desposeer de sus derechos a la Casa de Austria sobre España. Y a España de todo su Imperio. Entre otras tierras, de Gibraltar.

Un 14 de abril — de 1701 — entró el primer Borbón en España: Felipe V. Otro 14 de abril — de 1931 — saldría de España el último Borbón, Alfonso XIII.

En esos dos siglos borbónicos — del XVIII al XX — la tragedia española no pudo resolverse ni con las guerras carlistas contra los liberales ni con los «Pronunciamientos» de Caudillos heroicos, el último de los cuales fué Don Miguel Primo de Rivera, muerto en París (probablemente envenenado) momentos antes de irse a refugiarse a Alemania en 1930.

Los índices espirituales de toda esta época borbónica reflejaron tal tragedia.

El momento de la agonía de la Casa de Austria, el crepúsculo del Imperio español en el siglo XVII se simbolizó, amargamente, en Quevedo.

El momento de querer España trasladar — vanamente — su sueño imperial a través del absolutismo francés, lo representaron Feijóo y Jovellanos y Cadalso en el siglo XVIII ilustrado y enciclopedista.

El momento de la desilusión absolutista francesa borbónica y napoleónica y el paso al Romanticismo de la Libertad prometida por Wellington y Lord Holland y los masones ingleses y los Constitucionales — lo representaron las angustias españolas de un Quintana, un Larra, un Valera, un Costa, un Unamuno. Pocos «Pronunciamientos» espirituales hubo en España durante el Romanticismo. Y los que hubo se debieron al Romanticismo alemán que iniciaran Böhl de Faber y su hija en Andalucía. Así como el influjo de sabios y artistas como Humboldt, Schlegel y Herder. En la lírica, el espíritu romántico germánico se interpretó por el poeta Bécquer. Y en el pensamiento, por la actitud antifrancesa y antiinglesa de Donoso Cortés.

Ahora bien: el agente fundamental de germanismo en la España contemporánea y moderna ha sido una figura muy superior a la del erudito Humboldt o la del aficionado Böhl de Faber. Ha sido Federico Nietzsche. Nuevo Erasmo del nuevo Renacimiento español. Y padre espiritual de la llamada «Generación del 98». De esa generación: Joaquín Costa profetizó el «Dictador de hierro». Menéndez Pidal introdujo el espíritu germánico en el estudio de nuestra épica. Ramira de Maeztu las ideas gremiales y funcionales. Azorín una filosofía poética de la Voluntad. Benavente el ingenio aforístico en el teatro. Pio Baroja la teoría racista en las novelas.

De ese renacer del 98 se originaron las corrientes denominadas «europeizantes» en la generación posterior: creando instituciones especiales y enviando muchos pensionados a Alemania para el progreso científico, filosófico e industrial de España.

Sin embargo los maestros de tal generación europeizante (Ortega Gasset, Marañón, Pérez de Ayala, Madariaga y otros) no obstante formarse en el orbe germánico se inclinaron políticamente hacia las democracias franco-inglesas. Y algunos hacia el comunismo, como Araquistain y Álvarez del Vayo. Trayendo a España la República liberal del 31, imitada de Francia y de Inglaterra, y que se precipitó en la bolchevización de 1936.

Frente a tal generación, desviada de sus orígenes genuinos, dos voces resonaron de una nueva promoción juvenil. Una, la de un vate que murió joven y loco: Ramón de Basterra. La otra, mucho más modesta, fué la mía — exaltando las figuras y doctrinas de Mussolini y de Hitler. Con lo cual surgió algo nuevo: el primer movimiento nacionalsindicalista de las J.O.N.S. con mi camarada Ledesma Ramos. Y en 1933 la Falange Española de las J.O.N.S. de nuestro grande José Primo de Rivera. Desde esos momentos se preparó la juventud de la Guerra civil, triunfante de demócratas y comunistas en 1939.

En esta generación triunfante pueden distinguirse dos grupos: el tradicionalista y monárquico a la antigua, que quiere volver a la Casa de Borbón, bajo formas, más o menos renovadas, descar-

tando el influjo fascista y sobre todo el nazi de Hitler. Y el grupo espiritual de la Falange que sueña, antes que en nada, con el Imperio, a base de doctrinas totalitarias y, si es preciso, con un renovado entronque hispano-germánico.

Este ansia romántica de toda postguerra triunfante deberá satisfacerse pronto para evitar que gentes más jóvenes, desilusionadas, caigan en manos de masones y mistificadores que corrompan nuestra victoria y precipiten a España en una nueva guerra civil y otra tragedia.

Esperemos que el triunfo total del Eje muestre a España su definitivo camino de resurrección: la vieja y gloriosa tradición que estuvo abandonada por tres siglos.

Y que los esfuerzos de Isidoro de Sevilla, Alfonso el Sabio, Nebrija y todos los creadores de nuestra Edad de Oro no se pierdan junto a los hechos por nosotros en estos años de combate.

La figura magnífica y victoriosa de Franco — nuevo Cisneros quizás de España — es la promesa del sueño que soñamos. Un nuevo Imperio. Una unanimidad entre nuestros pueblos: un mismo destino entre España y Alemania. Un destino que no puedan volver a truncar nuestros vecinos, que ya han dejado de ser vecinos, y por tanto enemigos. Gracias a la gloria militar del Führer.

Construcción y destrucción

Quien lleve sobre sus hombros la responsabilidad hombros de todo un pueblo, quien sepa por la Historia, cuando no por su propia experiencia, que la decadencia de una Nación siempre va acompañada de la pereza intelectual y del sentimiento de creerse libre de los lazos que nos unen a los demás hombres en nuestras propias decisiones, quien quiera ver a su Nación libre, grande y fuerte, ha de saber dar al pueblo una fortaleza interna que anule todos los elementos destructores mediante la educación y formación de un carácter ejemplar.

Oliveira Salazar

Presidente del Consejo de Ministros de Portugal.

La productividad genial

Aquella iluminación divina, de la que surge lo excepcional, siempre la encontramos unida a la juventud y a la capacidad de producir.

No solo hace falta escribir poesías o comedias para ser productivo, también existe una capacidad de producir actos, que en algunos casos es bastante más excelsa todavía. Incluso el médico tiene que ser productivo, si quiere curar de veras; si no lo es, solo de vez en cuando logrará algún éxito como por casualidad; pero en general chapuceará solamente. Y además tengo que decir, que la cantidad de producciones y actos que ejecuta una persona no es lo que prueba que sea productiva. En la literatura tenemos poetas que son mirados como muy productivos, porque publican un tomo de versos después de otro. Pero según mi parecer hay que declarar a esta gente completamente improductiva, porque lo que han escrito no tiene ni vida ni duración.

Si se ha dicho de Napoleón, que era un hombre de granito, esto vale por su cuerpo sobre todo. ¡Qué no ha exigido y ha podido exigir este hombre de si mismo! ¡Qué cantidad de marchas, batallas y vivaques nocturnos entre la arena ardiente del desierto sirio y los campos nevados de Moscú! Y cuántas fatigas y privaciones físicas ha tenido que aguantar en ellos. ¡Poco sueño, poco alimento y con todo esto un trabajo espiritual excesivo! ¡Con el esfuerzo y la emoción terribles del 18 de brumaire se hizo muy tarde y él todavía no había tomado nada en todo el día! Y sin pensar en su alimento todavía se sintió fuerte bastante, para trazar en medio de la noche la conocida proclama al pueblo francés. Si se considera todo lo que ha pasado y sufrido ese hombre parece que a los cuarenta años debe haber estado hecho

polvo; sin embargo a esa edad todavía conservaba la grandeza de un héroe perfecto.

Pero en la época de su juventud fué cuando sus actos tuvieron el esplendor supremo. Y ya quiere decir algo el que un individuo de origen desconocido y en una época, que puso en acción a todos los hombres de categoría, llegara a ser a los 27 años de edad el ídolo de una nación de treinta millones. ¡Cierto, también hace falta ser joven para ejecutar obras grandes, y Napoleón no es el único para probarlo!

La historia nos presenta centenares de personajes habilísimos que a una edad juvenil todavía llevaron a cabo gloriosamente empresas importantes lo mismo en el gobierno como en el campo de batalla.

Si yo fuera soberano jamás colocaría en los puestos más principales de mi país a personajes que solo por nacimiento y ancianidad hubieran prosperado poco a poco y ahora a su edad avanzarían apaciblemente por la vía acostumbrada, naturalmente sin hacer mucho que valga la pena.

¡Hombres jóvenes quisiera tener! — pero debían ser de categoría, llenos de inteligencia y de energía y al mismo tiempo con buena voluntad y de carácter modelo — ¡Así daría gusto gobernar y llevar su pueblo adelante! — ¡Pero donde existe un soberano que tuviera esa suerte y sería tan bien servido!

Pues dígase lo que se quiera, lo similar solo similares pueden reconocerlo, y solo un soberano que posee grandes capacidades él mismo podrá reconocer y apreciar debidamente grandes capacidades de sus súbditos y servidores. «¡Vía libre para el talento!» era la famosa sentencia de Napoleón, quien por cierto tenía un tino muy especial para elegir a su gente, quien sabía colocar cada talento importante en el puesto en el que se desarrollaba en su ambiente natural, y quien fué servido por lo tanto como ningún otro quizás durante toda su vida y en todas las grandes empresas.

Tales hombres y sus similares son naturalezas geniales de condiciones muy especiales. Su pubertad se repite, mientras otros solo tienen una única juventud.

Es que cada forma representada en la materia es un fragmento de eternidad, y los pocos años durante los que está unida al cuerpo terrestre no la envejecen. Si esta forma es de clase inferior será reducida su soberanía mientras dure su ofuscamiento corporal, incluso predominará el cuerpo, y según envejece ella no podrá ni sostenerle ni guardarle. Pero si en cambio esa forma es poderosa como ocurre con todas las naturalezas geniales, no solo tendrá una influencia reconfortante y ennoblecedora sobre la organización del cuerpo, compenetrándolo vivificadora, sino que también intentará siempre hacer constar por su prepotencia espiritual su privilegio de eterna juventud. De allí viene que percibimos en personas peculiarmente dotadas aún durante su vejez épocas nuevas de capacidad productora excepcional; parece que en ellos comienza siempre de nuevo un rejuvenecimiento temporal y eso es lo que yo llamaría una pubertad repetida.

Pero juventud es lo primero y por muy potente que se demuestre una forma representada en la materia, jamás podrá gobernar al cuerpo por completo y hace una diferencia muy grande si en él encuentra a un aliado o a un enemigo.

Ni una capacidad productora extraordinaria, ni un conocimiento importante, ni un invento, ni una gran idea fértil y de consecuencias jamás pueden ser dominados por nadie, y están por encima de todo poder terrestre. El hombre como puro hijo de Dios ha de mirarlos como dones inesperados de arriba, que debe recibir y venerar con alegre gratitud. Es algo demoníaco, prepotente, que hace con él lo que quiera y a lo que se rinde inconciente, creyendo que actúa según su propio impulso. En estos casos muchas veces hay que mirar al hombre como al instrumento de un gobierno superior, como a un vaso apreciado digno de recibir la influencia divina. —

Digo esto considerando cuántas veces un solo pensamiento ha dado una nueva forma a siglos enteros y como algunas personas por lo que emanaba de ellas pusieron su sello sobre toda su época, sello que fué visible y benéfico para las generaciones siguientes todavía.

El genio artístico

Una carta a Goethe, 1804

Cuando vi a este del que quiero hablar olvidé al mundo entero. — Es Beethoven del que ahora quiero hablarte y al lado de quien olvidé al mundo y a tí; es verdad que soy inmadura, pero a pesar de eso no yerro al declarar (lo que ahora quizás nadie comprende ni cree), que él está muy por encima de la cultura de la humanidad entera, ¿y le alcanzaremos jamás? — lo dudo. ¡Que viva solamente hasta que el misterio grande y soberbio que hay en su espíritu se desarrolle a su última perfección, sí, que llegue a su fin supremo! ¡Seguro que entonces dejará en nuestras manos la clave de algún conocimiento divino que nos aproximará un paso más a la verdadera felicidad.

Ante tí podré confesarlo, que creo en un encanto divino, que es la esencia de la naturaleza espiritual: este encanto lo ejerce Beethoven en su arte; todo lo que pueda enseñarte sobre este es magia pura, cada pieza es la organizacion de una existencia superior, y por eso Beethoven mismo se siente como fundador de una nueva base material en la vida espiritual; tú ya comprenderás lo que quiero decir y lo que es verdad. ¿Quién pudiera reemplazarnos este genio? ¿De quién pudiéramos esperar algo análogo?

*

Todo el movimiento humano sube y baja a su lado como un rodaje; él solo produce libremente por si mismo lo inesperado, jamás creado; ¿Qué le serviría también el trato del mundo a este, que ya está ocupado con la santa tarea antes de salir el sol y cuando se pone apenas levanta la cabeza, el que olvida el alimento

de su cuerpo y al que arrastra veloz la corriente del entusiasmo lejos de los márgenes llanos de la vida cotidiana?

Él mismo dijo: «Cuando levanto los ojos tengo que suspirar, porque lo que veo va en contra de mi religion y debo despreciar al mundo que no siente que la música es una revelacion superior a toda ciencia y filosofía; es el vino que entusiasma para nuevas creaciones y yo soy el Bacco que prensa este vino soberbio para los hombres y les procura la embriaguez del espíritu; cuando vuelven a estar ayunos han pescado bastante para llevárselo consigo. — Ningún amigo tengo, debo vivir solo conmigo mismo. Pero sé muy bien que por mi arte estoy más cerca de Dios que los demás; lo trato sin temor; siempre le he reconocido y comprendido; tampoco temo nada para mi música, ninguna mala fortuna puede hacerla daño; quien puede comprenderla tiene que librarse de toda la miseria que pesa sobre los demás.»

«Sí, la música es precisamente la mediación entre la vida espiritual y la material. — La melodía es la vida sensible de la poesía. ¿El contenido espiritual de un poema no se transforma en sentimiento a través de la melodía? ¿Y esta sensación no excita a su vez a crear de nuevo? El espíritu quiere ensancharse hasta la universalidad sin límites, donde todo se une con todo para cauce de los sentimientos que emanan de la sencilla idea musical y que sinó expirarían, sin que nadie lo sabría. Eso es armonía; eso es lo que se expresa en mis sinfonías; el esmalte de formas variadas fluye en un cauce hasta el fin. Y en esto bien se siente que todo lo espiritual tiene algo de eterno, infinito, jamás abarcado por completo; y aunque mis obras siempre me parezcan logradas, siento un anhelo eterno a empezar de nuevo como un niño lo que ahora mismo me parecía agotado por el último golpe de timbal, con el que transmití a los oyentes mi goce, mi convicción musical. — Hable de mí a Goethe; dígame que oiga mis sinfonías; entonces me dará razón, que la música es el único ascenso inmaterial a un mundo superior del saber, que puede abarcar al hombre, pero que el hombre no es capaz de abarcar jamás.»

Es necesario el ritmo del espíritu para asir la esencia de la música; ella nos da la idea, la inspiración de las ciencias sensibles, y lo que el espíritu siente materialmente en ella es la encarnación del conocimiento espiritual. Aunque los espíritus vivan de ella como se vive del aire, aun es distinto comprenderla con el espíritu; — pero cuanto más saque el alma su sustento material de ella, más madurará el espíritu hasta llegar a la inteligencia dichosa con ella. — Pero pocos lo logran; como miles se casan por amor y a estos miles el amor jamás se revela, aunque todos practiquen el oficio del amor, lo mismo tratan miles a la música sin que se les revelara. — Estar asido por su revelación eso es estar entregado a lo divino, que ejercita en calma su gobierno sobre el terremoto de las fuerzas sin domar, y de este modo inspira a la fantasía eficacia suprema. Por eso es que el arte siempre representa a la divinidad y la relación humana con ella es religión. Lo que logramos por el arte es de Dios, inspiración divina, que presenta un fin a las capacidades del hombre, que él es capaz de alcanzar.»

Me llevó a una gran prueba musical con orquesta completa. Estaba yo sentada perfectamente sola en un palco en medio del amplio espacio sin iluminar; por las rendijas y los agujeros se filtraban reflejos de luz, en los que danzaba un chorro de pizcas multicolores como vías celestiales pobladas de ánimas en gloria.

Allí fué donde vi ejercer su gobierno a ese espíritu gigantesco. ¡O Goethe, ningún emperador y ningún soberano está tan seguro de su poder y de que toda fuerza emana de él como este Beethoven, que hace un momento en el jardín todavía estuvo buscando el fondo, del que todo esto pudiera venirle! Si le comprendiera tan perfectamente como le siento entonces todo lo sabría. Allí estaba, tan firme y decidido; sus gestos, su cara expresaban la perfección de su obra; él se adelantaba a cada falta, cada desentendimiento; ni un hálito era arbitrario, todo estaba trocado en actividad sumamente prudente por la presencia soberbia de su espíritu. —

El genio de la guerra

Toda acción humana cuando alcanza cierta altura precisa de una determinada disposición del entendimiento y de la voluntad. Cuando estos dos últimos se caracterizan por su elevado rango y sus extraordinarias prestaciones otorgamos al espíritu a que pertenecen el nombre de genio.

Sabemos muy bien que esta palabra según la extensión y la dirección en que se emplee adquiere muy distintas significaciones y que en algunas de ellas es tarea sumamente difícil fijar la esencia del genio; pero ya que no somos ni filósofos ni gramáticos séanos permitido aceptar el empleo corriente de la palabra y entender por genio la fuerza intelectual capaz de prestaciones extraordinarias.

Detengámonos unos instantes en esta facultad y dignidad del espíritu, para justificar cumplidamente su empleo y conocer más detalladamente el contenido del concepto. Pero nosotros no podemos detenernos en el talento calibrado como excepcional, en el genio propiamente dicho, porque este concepto no tiene unos límites mensurables, sino que tenemos que considerar en general la proyección común de las fuerzas espirituales a la actividad guerrera, lo que calificamos como la esencia del genio guerrero. Y decimos la proyección « común » porque el genio de la guerra no consiste en una fuerza única, por ejemplo, el valor, mientras las restantes fuerzas de la razón o del ánimo se aplican a una dirección ajena a la guerra, sino que supone la armónica unión de todas las fuerzas, con preeminencia de una o de otra, pero sin que ninguna actúe en contra de él.

En los pueblos primitivos no se encuentra ningún gran general propiamente dicho y es muy raro que se le pueda llamar genio guerrero, porque para ello se necesita el desarrollo de las fuerzas intelectuales, que evidentemente un pueblo primitivo no puede poseer. Se comprende fácilmente que los pueblos civilizados puedan

tener una orientación y un desenvolvimiento más o menos guerrero, tanto más cuanto más frecuente sea el espíritu guerrero entre los individuos que integran su ejército.

Todos los pueblos que fueron célebres un día por sus hazañas guerreras decayeron tan pronto como alcanzaron un nivel cultural más elevado. Esto ya es un índice de como el genio guerrero necesita que se consagren a él las energías espirituales. Estudiémosle más atentamente.

La guerra es el terreno del *peligro*; por consiguiente la primera cualidad del guerrero ha de ser el *valor*.

El valor ha de ser doble: Valor frente al peligro personal y valor frente a la responsabilidad, bien sea ante unos posibles jueces u otra cualquiera potencia externa, bien sea ante la propia conciencia.

Aquí sólo vamos a tratar de la primera.

El valor ante el peligro personal se subdivide también a su vez en dos clases: la primera consiste en la indiferencia frente al peligro bien sea por razones puramente orgánicas de la persona, o por escaso aprecio de la vida, o por la fuerza de la costumbre; en todos los casos se trata de una cualidad permanente.

La segunda clase proviene de motivos positivos como el sentimiento del honor, el patriotismo o el arrebató de cualquier naturaleza que sea. En estos casos el valor no es tanto un estado como un movimiento del ánimo, un sentimiento.

Es comprensible que ambas clases produzcan efectos distintos. El valor de la primera clase es más seguro porque se ha convertido ya en una segunda naturaleza que nunca abandona al hombre; la segunda a menudo lleva más lejos; a la primera corresponde más bien la tenacidad, a la segunda la audacia; la primera permite el uso plano de la inteligencia, la segunda si bien a veces la estimula, frecuentemente la ciega. Ambas unidas constituyen la forma más perfecta del valor.

La guerra es el terreno de los *sufrimientos* y de los *grandes esfuerzos personales*; a fin de ser capaz de ambos se necesita una cierta fortaleza de cuerpo y de alma que, innata o adquirida, nos haga indiferentes ante ellos. Con estas cualidades y bajo la

dirección de una sana razón, constituye ya el hombre un instrumento idóneo para la guerra. Y esas cualidades son las que encontramos generalizadas en muchos pueblos bárbaros o semi-civilizados. Continuemos examinando las exigencias que la guerra pone a los que en ella participan y encontraremos las más elevadas fuerzas de la inteligencia.

La guerra es el campo de la *incertidumbre*; tres cuartas partes de las cosas que maneja la guerra se encuentran en las sombras de la incertidumbre. Se necesita pues, en ella una inteligencia aguda, penetrante para con la medida de sus juicios saber extraer la verdad.

Una inteligencia ordinaria podría quizás casualmente en una ocasión conseguir la verdad; un ánimo extraordinario podría en otro caso aislado compensar la falta de inteligencia, pero la mayoría de los casos, es decir, el resultado medio, siempre será desfavorable a un cerebro mediocre.

La guerra es el campo del *azar*. En ninguna otra actividad humana juega este intruso un papel tan preponderante porque en ninguna otra se está constantemente tan en contacto con él. Aumenta la incertidumbre de las circunstancias y perturba la sucesión de los acontecimientos.

La inseguridad en los supuestos y en las informaciones y la continua intromisión del acaso hacen que el que ha de actuar en la guerra encuentre incesantemente las cosas de modo diferente a como las esperaba y es inevitable que ello influya en sus planes o por lo menos en los premisas de esos planes. Esta influencia es tan grande que en los casos en que las premisas anteriores desaparecen por completo, tenemos que sustituirlas por otras para las cuales a lo mejor carecemos de datos; pero en el curso de la acción las circunstancias apremian a menudo y no dejan tiempo para reflexiones detenidas. Muy frecuentemente la corrección de los supuestos y la aparición de nuevas circunstancias no bastan para destruir los primitivos planes, sino que solamente nos hacen titubear ante ellos. Hemos adquirido un conocimiento mayor de las circunstancias pero nuestra seguridad no ha aumentado, sino por el contrario, disminuído. La causa de ello está en que vamos ad-

quiriendo estas experiencias lentamente, poco a poco, y nuestras decisiones no se interrumpen un momento; el espíritu ha de estar permanentemente sobre las armas. Para salir victorioso en esta continua lucha contra lo inesperado se necesitan dos cualidades: inteligencia, ya que en estas tinieblas cada vez más espesas siempre existe alguna ráfaga de luz interior, y valor, para seguir esta ráfaga. La primera se designa gráficamente con la expresión francesa *coup d'oeil*; la segunda es la *decisión*.

La decisión es un acto de la voluntad en un caso concreto, y convertido en un rasgo del carácter constituye un hábito del alma. Pero aquí no hablamos ahora del valor frente al peligro corporal, sino frente a la responsabilidad, por consiguiente contra un peligro anímico. Se le ha denominado a menudo *courage d'esprit* porque procede del entendimiento, aunque propiamente no sea un acto de él, sino del ánimo. La mera razón no es todavía el ánimo, pues a menudo vemos personas sumamente inteligentes que carecen de decisión. La razón ha de despertar el sentimiento del ánimo, para a su vez ser conformada y sostenida por él, pues en los momentos de apuro el hombre se ve dominado más por los sentimientos que por las ideas.

La misión de la decisión es suprimir instantáneamente los tormentos de la duda y los peligros de la vacilación cuando no existen motivos suficientes para ellos.

Esta decisión vencedora de la duda sólo puede ser provocada por la razón, más aún por una determinada orientación de la razón. Nosotros sostenemos que la simple reunión de altas cualidades intelectuales y sentimentales no basta en todos los casos para que exista la decisión. Hay personas dotadas de luces extraordinarias para los problemas más difíciles, que no poseen el ánimo suficiente para abordarlos y que sin embargo en los momentos graves carecen de decisión. Su inteligencia y su ánimo actúan en compartimentos distintos, no hay un nexo entre ellos y así se explica que no surja la decisión en ellos. Esta surge merced al acto de la razón que comprende la necesidad de la audacia y mueve por esto a la voluntad. Esta dirección peculiar del entendimiento que vence toda repugnancia o temor presentándolo

como inferior al temor ante la duda y la vacilación es la que hace surgir la decisión en los ánimos esforzados; por eso los hombres poco inteligentes no pueden ser decididos en el sentido que nosotros empleamos esta palabra.

Cierto parentesco con la decisión guarda la presencia de ánimo que en el terreno de la sorpresa, como es el de la guerra, desempeña un importante papel, ya que no es otra cosa sino el triunfo sobre lo inesperado. Admiramos la presencia de ánimo en la respuesta oportuna a una súbita alusión, o en el auxilio rápidamente encontrado ante un peligro repentino. Ninguno de ellos, ni la respuesta ni el auxilio necesitan ser geniales, basta con que sean oportunos; pues lo que tras una larga reflexión encontramos ordinario o corriente y ante lo cual permanecemos indiferentes puede causar nos impresión como acto espontáneo y rápido del espíritu. La expresión presencia de ánimo designa muy acertadamente la proximidad y rapidez del auxilio prestado por la inteligencia.

Quizás pudieran considerarse todas estas exteriorizaciones de la naturaleza del héroe como una y la misma fuerza de la voluntad que se modificase según las circunstancias. Pero por muy próximas que se hallen unas de otras no pueden nunca confundirse y nuestro interés radica precisamente en precisar algo más exactamente el juego de las fuerzas del alma. En primer lugar redundan en beneficio de la claridad de nuestras representaciones si decimos que la intensidad o la energía o como quiera llamarse a lo que las fuerzas anímicas despiertan en el individuo, solo en una mínima parte es inmediatamente la actividad del enemigo, su resistencia o su acción. La actividad enemiga actúa inmediatamente sólo sobre la persona de los individuos, pero sin afectar para nada a su actividad como jefes, como directores. Si el enemigo resiste cuatro horas en vez de dos, el jefe se encontrará en peligro también cuatro horas en vez de dos; esta es una magnitud cuyo significado disminuye, evidentemente, cuanto más elevado es el jefe. En el caso de un General, por ejemplo, no significa nada en absoluto. En segundo lugar la resistencia del enemigo actúa sobre el jefe a través de la pérdida en medios propios, como consecuencia de su prolongación mayor o menor, y por la responsabilidad que va ligada a esa misma

pérdida. En este momento y merced a estas cuidadosas consideraciones se contrastará y fortalecerá la fuerza de voluntad del jefe. No es ésta sin embargo su cometido más difícil, pues para él no existe más juez que su propia conciencia. Los demás efectos de la resistencia enemiga van dirigidos contra sus propios soldados, y se reflejan en él a través de ellos.

Mientras una tropa dotada de buen espíritu, lucha con decisión y valor casi nunca hay motivo para mostrar una gran fuerza de voluntad en la prosecución de los fines. Pero en cuanto la situación se hace difícil, caso probable donde se exigen esfuerzos extraordinarios, cuando surgen dificultades, cuando la máquina hasta ahora perfectamente engrasada empieza a marchar con rozamientos y fricciones, entonces se hace necesaria la fuerza de voluntad del jefe para dominarlas y vencerlas. Al hablar de dificultades no aludimos a la indisciplina o a la desobediencia aunque ambas se produzcan a veces en casos aislados; nos referimos a la impresión general de agotamiento de las fuerzas físicas y morales, a la reflexión dolorosa sobre el sacrificio sangriento; esos son los que el jefe tiene que dominar en sí mismo y en los demás cuando le comunican sus impresiones, sus temores, sus preocupaciones o sus inquietudes. Conforme se van agotando las fuerzas de los individuos, su voluntad pierde también energía para excitarlas y sostenerlas y la inercia de la masa va pesando cada vez más sobre la voluntad del jefe. En la llama de su corazón y de su espíritu han de encenderse de nuevo las de sus soldados. Sólo en la medida en que lo consiga conservará su ascendiente sobre la tropa y se mantendrá realmente jefe.

Y llegamos a una característica de la actividad guerrera que acaso pueda ser considerada como la más fuerte, aun cuando no la más importante, y que no guarda ninguna relación con la fuerza de ánimo, sino con los conocimientos adquiridos. Nos referimos a la relación en que la guerra está con el *suelo*, con la comarca, con el país.

Esta relación es permanente y hace que cualquier acción militar haya que pensarla dentro de un determinado marco espacial; es decisiva porque modifica y a veces incluso transforma totalmente los efectos de todas las fuerzas; en tercer lugar es sumamente

variada, comprendiendo unas veces pequeñas extensiones y abarcando otras dilatados territorios.

Esta relación de la guerra con el terreno da a la actividad guerrera una singular característica. En cualquier otra de las actividades humanas que tienen una relación con el espacio: jardinería, arquitectura, minería, selvicultura, caza, etc, se trata siempre de magnitudes limitadas y muchas veces francamente exiguas, que por tanto podemos estudiarlas rápidamente con suficiente exactitud. El General en la guerra desarrolla su actividad en un espacio que colabora con él, pero que desconoce porque su vista no puede abarcarlo y aun cuando se le dedicase el máximo esfuerzo de trabajo no podría dominársele, sin contar con que constantemente se halle sujeto a modificaciones. Indudablemente el enemigo se halla en el mismo caso pero no debemos olvidar que estas dificultades se vencen hasta cierto punto por el estudio y el ejercicio que debe caracterizar al jefe militar y que le conceden una considerable ventaja; en segundo lugar esta igualdad de las dificultades para ambos bandos se debilita en el caso concreto, pues de los dos ejércitos que luchan uno de ellos, el que se defiende, conocerá siempre mejor el terreno que el otro.

Esta específica dificultad se vence con una disposición de espíritu también específica que se suele designar con el nombre de sentido del terreno. Consiste en la capacidad de formarse rápidamente en cada lugar una representación geométrica adecuada y como consecuencia de ello orientarse fácilmente en cualquier punto. Se trata, claro está, de un acto de la imaginación. Se produce por la cooperación del sentido de la vista y la inteligencia que merced a los conocimientos adquiridos por la ciencia y la experiencia completa los detalles que escapan a la vista y consigue una visión total. Después compete exclusivamente a la imaginación hacer que este cuadro resultante se presente con rasgos vivos a la inteligencia y que se conserven imborrables estos rasgos.

Para llevar a un fin victorioso una guerra o una campaña (partes en que se divide una guerra) se requiere una clara visión de las altas circunstancias políticas. Dirección de la guerra y política se funden aquí y el general ha de ser al propio tiempo estadista.

Decimos que el General se convierte en estadista, pero entiéndase bien sin dejar por éso de ser General; con su mirada ha de comprender de una parte todas las circunstancias políticas, de otra, con absoluta conciencia, los resultados que puede obtener con los medios de que dispone.

Dada la enorme variedad y la imprecisión de las magnitudes que el General ha de tener presentes y el hecho de que la mayoría de ellas sólo pueden apreciarse según las leyes de la probabilidad, se caería en una sensación de auténtico caos imposible de solución si no poseyese el sujeto una visión de espíritu próxima a la realidad. En este sentido ha dicho acertadamente Napoleón que muchas de las tareas que se le presentan al General en la guerra son temas de cálculo matemático dignos de un Newton o de un Euler.

Lo que se sabe desde fuera de los acontecimientos de una guerra es siempre muy sencillo, todo parece igual y nadie puede adivinar las dificultades que todo aquello ha supuesto y ha habido que vencer. Sólo de tiempo en tiempo cuando se publican las Memorias de algún General o de alguno de sus íntimos o con ocasión de alguna investigación histórica sobre uno de estos sucesos guerreros se pone a la luz del día uno de los hilos de la intrincada madeja. La mayor parte de las reflexiones o de las luchas internas que precedieron a un gran acontecimiento militar son premeditadamente ocultadas o porque rozaban intereses políticos o porque cayeron en el olvido ya que se los consideró como un mero andamiaje del que se podía prescindir después de terminada la obra.

Sin arriesgarnos en la determinación más detenida de las fuerzas superiores del alma, queremos sí hacer una distinción entre las clases de la fuerza de espíritu empleando esta palabra en su acepción corriente y preguntarnos cuál es la más adecuada al genio guerrero; tanto el examen de la cuestión en sí como la experiencia nos dirán que las vidas de nuestros hermanos y nuestros hijos y la seguridad y el honor de nuestra Patria los encomendaremos en la guerra a los cerebros reflexivos y no a los creadores, a los ampliamente comprensivos y no a los unilaterales, a las inteligencias frías, serenas, en vez de a las arrebatadas.

La Autoridad

La Historia nos enseña de un modo innegable, que la existencia de un jefe dotado de cualidades excepcionales e inquebrantable energía, constituye una condición *sine qua non* del éxito en toda empresa grandiosa. En un momento en que los políticos se debaten entre la desesperación y la impotencia, en que la Nación se hunde cada vez más sin encontrar el caudillo que la guíe, en que los individuos de las más variadas ideologías, aun llamándose patriotas, piensan y obran con absoluta disparidad, ¿es posible marchar hacia adelante con seguridad, con claridad, con energía, si se está obligado a seguir éste o el otro parecer, subordinarse a múltiples influencias y cuidar de no lastimar determinadas susceptibilidades? ¿Se puede tampoco depositar la solución de tales problemas en manos de una corporación elegida al azar e integrada probablemente de personas ineptas, que nunca se ocuparon de las cuestiones de la Política, la Administración o el Ejército, y cuyos conocimientos en tales materias jamás tuvieron ocasión de mostrar? Y si nosotros hubiéramos seguido este segundo camino ¿no seríamos responsables de haber engañado a la Nación y a nosotros mismos, cuando habíamos prometido salvarla? Era necesario desterrar el fez de nuestras cabezas, símbolo de la ignorancia, el fanatismo y el odio contra todo progreso y cultura, y sustituirlo por el sombrero usual en todo el Mundo civilizado, mostrando además que entre la Nación turca y la gran familia de los pueblos civilizados no existe diferencia alguna en el modo de pensar. ¿Podía considerarse acaso como una Nación civilizada a una masa humana que marchaba a remolque de un sinnúmero de Scheichs, Dedes, Seids, Tschelebis, Babas y Emires, y que confiaba su destino y su vida a quiromantes, hechiceros y vendedores de amuletos? ¿Podían mantenerse en el nuevo Estado turco, en la república turca, aquellos elementos e instituciones que habían dado a la Nación una fisonomía radicalmente distinta a la que en verdad poseía? ¿No se habría cometido

con ello una falta gravísima e irreparable contra la causa del progreso y del despertar del pueblo?

La vida es lucha y es choque. El éxito sólo se alcanza a través del triunfo en la lucha. Todo se apoya en la fuerza, en el poder, tanto moral como material. Así todos los problemas que preocupan al hombre, todos los peligros a que se halla expuesto y todas las victorias que logra, se desarrollan en el gran campo de batalla que constituye la sociedad humana.

Supongamos unas tropas que se lanzan al fragor del combate, con la idea ya de que van a ser derrotados y que sin embargo luchan pensando que quizá más adelante su sacrificio pueda ser útil. Esta concepción podrá parecer ilógica desde el punto de vista militar y a algunos espíritus sencillos. El deber y el espíritu de sacrificio exigen que nos esforcemos por alcanzar el éxito antes de que la lucha se haya decidido. Aquellos jefes que desempeñan el papel de meros espectadores, mientras sus camaradas luchan y necesitan auxilio, que asisten como meros testigos a su derrota, no podrán escapar nunca al fallo implacable y condenatorio de la Historia.

Una unidad reflexiva y consciente confiere una fuerza irresistible para la consecución de un fin perfectamente delimitado.

La vida y la felicidad de una sociedad dependen exclusivamente de lo perfecta que sea la comunidad de los miembros en ella, cualidad que se manifiesta cuando se trata de realizar sus planes.

Nuestra unidad nacional que se propone la salvación de la Patria y la conquista de nuestra independencia, demanda la creación de organizaciones más serias y regulares, y depende de la fusión de las cabezas y energías capaces, que han de guiar esas organizaciones, en un todo unitario.

La Nación atraviesa momentos tan graves, que para encontrar otros análogos tenemos que recurrir a épocas de verdaderas catástrofes históricas, de aniquilamiento y desaparición de Estados. El porvenir que los pueblos se forjan a sí mismos, tarea que a veces olvidan en momentos como los que hoy vivimos, se nos presenta incierto y amenazador.

El pueblo turco supo ver la verdad, y así al oír la llamada sincera que le prometía la salvación, se apresuró a responder. Sería sin embargo un error creer que en un día o en un año puede borrar-se la formación y la administración solidificada por el transcurso de muchos siglos. Todo aquel que considere con detenimiento la naturaleza de las cosas y llegue a poseer la verdad de ellas, reconocerá que el mayor deber humano es ilustrar y educar al pueblo, cada uno en la medida de sus fuerzas, a fin de colocarle en el camino de su salvación.

El deseo más profundo que desborda del corazón de la Nación turca, la más firme creencia de su conciencia es la idea de su liberación. El grito de libertad resuena en todos los ámbitos de la patria turca. Ya no era necesario preguntar más al pueblo. Era facilísimo encontrar palabras para expresar este deseo.

El resultado al que hoy hemos llegado es el fruto de las enseñanzas que se derivan de un sufrimiento milenario y el premio de la sangre que ha regado hasta el último palmo de nuestra querida Patria.

Este tesoro sacrosanto le deposito en las manos de la juventud turca.

En el Centro de la Época

La guerra actual ha estallado forzosamente. Como consecuencia de la injusticia nos lleva hacia la justicia. La justicia de esta guerra se comprende en los términos históricos supremos de la humanidad. Es el comienzo de un nuevo ciclo cultural, una revisión de los territorios del mundo gobernados a base de los derechos nacionales, una revisión de tales derechos a base de las capacidades actuales de cada nación y su facilidad de comprender los grandes problemas del día y no vivir solamente para sus propias necesidades, sino servir al destino de continentes. Más que estados y cuestiones fronterizas confronta en realidad razas y formas de gobierno, opiniones opuestas sobre la civilización y el poder, épocas distintas, unas hundiéndose, otras a punto de elevarse.

Virginio Gayda, Roma.

El camino de un soldado joven

Discurso conmemorativo para el Príncipe Enrique 1767

Un hombre sensato tiene seguramente derecho a entregarse a la tristeza, si participa con su patria y con su pueblo numeroso el dolor por una pérdida irreparable. No es la misión de la filosofía ahogar en nosotros el sentimiento natural; se limita a encauzar la erupción de las pasiones y a moderarla. Escuda al corazón del sabio con la firmeza suficiente para soportar su desgracia con grandeza del alma, pero le censuraría si contemplara la pérdida y desgracia de sus conciudadanos con sorda indiferencia y mirada fría.

¿Tendría yo solo pues derecho a quedar insensible ante el triste acontecimiento, que turba la alegría de vuestros días, ante el drama lúgubre que se ha desarrollado recientemente bajo vuestros ojos, ante el triunfo de la muerte que de lo que nos ha robado a nosotros se forja sus trofeos y se aplaude a si misma por haber arrebatado a los mejores entre nosotros? No, mi silencio sería punible; me debe ser permitido unir mi lamento al de tantos ciudadanos virtuosos, lamento por un jóven príncipe que los dioses solo enseñaron al mundo para robárselo otra vez.

¿En qué consiste la fuerza de un estado? ¿En las fronteras amplias, que exigen muchos defensores? ¿En las riquezas acumuladas por el comercio y la industria, cuyo beneficio solo está en su buen empleo? ¿En numerosas naciones que se exterminarían mutuamente, si les faltaran los jefes? No, todo eso es materia tosca, que no tiene más valor ni significado que el que le den cordura y habilidad formándola. La fuerza de los estados consiste en los grandes hombres, que nacen para ellos en la hora propicia. Repásese la historia mundial y se verá, que las épocas de ascensión y esplendor de los imperios siempre fueron aquellas, en las que espíritus sublimes, almas cándidas, hombres de talento excepcional se lucían y soportaban el fardo del gobierno con esfuerzos generosos.

Un sentimiento indefinido estremece al mundo, cuando mueren hombres de noble origen, porque de ellos se esperaba servicios importantes. Si un invierno rudo destruye a una planta delicada a punto de florecer se siente más que la caída de un árbol antiguo, cuya savia se ha secado y cuyas ramas se agostan. Igualmente siente la humanidad un dolor más profundo al verse privada de sus esperanzas poco antes de ser cumplidas, que cuando un anciano abandona al mundo, de cuya vejez caduca no podíamos esperar ya tanto como de su juventud.

¿En quién hubieramos podido fundir jamás esperanzas más firmes que en el príncipe, cuyos actos más insignificantes nos revelaban su carácter admirable, que ya dejaba presentir cuanto podría ejecutar algún día? Veíamos crecer y desarrollarse el gérmen de los talentos y las virtudes en un campo que prometía abundante cosecha.

Las personas más ilustradas y experimentadas que mucho han investigado los corazones de los hombres saben leer profundamente en las almas, qué proezas se puede esperar de ellas. ¿Qué no han encontrado en el joven príncipe? Un alma que llevaba el sello de la virtud, un corazón colmado de nobles sentimientos, un espíritu afanoso por instruirse, un genio de ímpetu supremo, un juicio varonil y prematuro. ¿Queréis saber qué vasto dominio de conocimientos abarcaba? Dominaba la historia desde los tiempos más antiguos hasta nuestros días. Con una asiduidad extraordinaria se inculcó los caracteres de los hombres grandes y los acontecimientos más importantes y memorables. Sabía lo que más había contribuido a la elevación y al hundimiento de los imperios. Había hecho suya por completo esta selección preciosa y escogida de la historia. No había ninguna obra militar de algún renombre que no hubiese estudiado y sobre la que no hubiera consultado a personas expertas. ¿Queréis pruebas más inequívocas todavía de su celo por instruirse a fondo? Oíd entonces: había estudiado los distintos sistemas de fortificación; ¡pero como en este sector todavía no se sentía tan seguro como él hubiese deseado, durante seis meses tomó clases con el coronel Ricaud, sin que nadie le hubiera animado y sin saberlo sus padres siquiera!

Con diezyocho años sabía interpretar los sistemas de Descartes, Leibniz, Malebranche y Locke. No solo su memoria había asido estas cosas abstractas; sino también su juicio los había depurado. Estaba asombrado de encontrar en las investigaciones de los grandes espíritus menos verdades que suposiciones ingeniosas, y con Aristoteles había llegado a la opinión, que la duda es la madre de la sabiduría. Su juicio sano que conducía todos sus pasos le mandó limitarse en las matemáticas al estudio de los elementos de Euclidio. La alta geometría la dejaba segun él a las inteligencias desocupadas, que podían cultivarla como una especie de lujo espiritual. ¿Creerá la posteridad que el amable príncipe, que apenas pisó el umbral del santuario de las ciencias, avergonzase a tantos sabios encanecidos en su oficio, que solo llenan su memoria sin esclarecer su entendimiento?

Una buena inteligencia es capaz de actuar en todos los terrenos. Parece a un Proteo, que cambia su persona sin dificultad y siempre parece ser de veras lo que representa. Nacido con esta disposición feliz nuestro príncipe también comprendió la práctica de la beligerancia en la esfera de sus conocimientos. Parecía creado para todo lo que emprendía. Su celo y su afición militar resaltaban sobre todo en los viajes de inspección, que emprendía en todas las provincias con el séquito del rey. Él conocía al ejército y este le conocía a él. Dominaba la beligerancia llena de peligros desde los más mínimos detalles hasta las empresas más difíciles.

Y en todo esto siempre estaba de buen humor, sobrio de costumbres, hábil para todos los ejercicios, constante en sus empresas, incansable en el trabajo y amigo de todo lo que fuera útil y honroso.

Pero tantos talentos excepcionales, con los que la naturaleza había dotado al Príncipe Enrique, todavía no significarían la perfección sin las calidades del corazón, que son tan importantes para todos los hombres, pero sobre todo para los grandes. Ellas elevaban su carácter al nivel supremo.

¿Y quien me desmentirá si digo que el Príncipe Enrique, de naturaleza ardiente, sabía dominar su vivacidad por su inteli-

gencia? Quien tuviera el honor de su intimidad sabía que podía desahogarse con él tranquilamente, sin miedo a que traicionara un secreto a él confiado. Su corazón era el más noble y bello. Era afable con todos los que se le acercaban, piadoso con los desgraciados, cariñoso con los que sufren, humano con todos. Participaba a la pena de los tristes, secaba las lágrimas de los perseguidos por el destino y colmaba de beneficios a los necesitados. La bondad suya era ingénita. Le costaba tan poco practicarla que enseguida se notaba: emanaba de un manantial puro e inagotable. ¿Porqué permitió un destino adverso que se secara tan pronto?

¿Debo olvidar la corta temporada que pasó con su regimiento? Vosotros, oficiales, y vosotros, valientes coraceros, que estábais orgullosos de servir bajo su mando: ¿protestará uno solo entre vosotros si digo, que le habéis conocido únicamente por sus beneficios y que este joven príncipe pudo ser caudillo y ejemplo para todos vosotros?

Vosotros mismos lo sabéis, que el desinterés perfecto es el manantial del que emanan todas las virtudes. El altruista prefiere honor y gloria a las ventajas de la riqueza, lealtad y justicia a los impulsos de avidez desbocada, el bienestar del estado y de la sociedad al egoísmo y al provecho de la familia, el bien y el mantenimiento de la patria a la preservación de si mismo, de sus bienes, su salud y su vida; en una palabra eleva al hombre sobre lo humano y lo hace casi vecino del cielo. Este modo de pensar noble y generoso se expresaba en todos los actos del príncipe.

¿Quién no temería después de todo lo que habéis oído del Príncipe Enrique, que la vanagloria excesiva de todos los hombres, la importancia que dan a todos sus actos más insignificantes, la inclinación aduladora de aplaudirse a si mismo hayan inundado el corazón de este adolescente con la vanidad siempre repugnante, aunque no sea del todo infundada? ¡Qué peligro para el amor propio significan tantos talentos! Gracias a Dios nada teníamos que temer para él. Algo superior le guardaba de este gran peligro. Vosotros sabéis que su alma bella era la única,

que no estaba contenta con él. Las calidades que poseía no le bastaban: de las que esperaba adquirir tenía un concepto superior. Eso era lo que enardecía su celo por procurarse los conocimientos que le faltaran. En todos los terrenos quería acercarse tanto a la perfección como lo permite la debilidad humana.

Pero aunque la vanidad le pareciera una flaqueza ridícula no era insensible a los reclamos de la gloria. ¿Qué hombre virtuoso jamás ha despreciado a la gloria? Es la última pasión del sabio; los filósofos más rigurosos no han podido desceparla. Confesémoslo francamente: la aspiración a la gloria duradera es el móvil principal y más poderoso del alma, es el manantial y la base eterna de la virtud. De ella provienen todos los actos, por los que los hombres se han hecho inmortales. El Príncipe Enrique no quería deber su fama a la complacencia baja de la plebe, la adoratriz despreciable de la suerte, que servilmente da incienso a sus ídolos aunque no se lo merezcan. Aspiraba a una gloria que fuese inseparable de su persona y que ninguna envidia pudiera poner en duda. No quería ningún nombre prestado, sino una gloria auténtica de índole inmutable.

Vimos al príncipe entrar en el mundo; la vía de la gloria se abría ante él. Creímos ver a un corredor, que terminaría gloriosamente su carrera. Su juventud en flor enardecía nuestra esperanza. Ya gozamos de antemano todos sus méritos. ¡Ay! ¡No sabíamos, que una fatalidad lúgubre nos lo robaría tan pronto!

Recordaos del día fatal, en el que el rumor propagado enseguida nos comunicó de pronto la triste noticia: «¡El Príncipe Enrique ha muerto!» ¡Qué sobresalto! ¡Qué lamentos tan sinceros, aunque ineficaces! ¡Cuántas lágrimas! No, eso no era ningún pésame fingido, sino el dolor sincero de un pueblo ilustrado que comprende todo el alcance de su pérdida. La juventud se quejaba «¿Porqué tenía que morir aquél, en el que fundimos tantas esperanzas?» Y los ancianos decían: «¡Debía haber vivido él y debíamos haber muerto nosotros!» Cada uno creyó perder con él a un pariente, un amigo, un ejemplo, un bienhechor. La muerte de un adolescente fué una desgracia para todo el país.

Me parece ver revivir su ceniza apagada, resurgir de la tumba en la que yacen sus restos helados y hablar a vosotros de esta

manera: «Vuestra vida es muy limitada por mucho que dure. Un día todos dejaréis los despojos mortales. Aprovechad el plazo para actuar. Ved que pronto terminaron mis días. Si queréis que vuestra memoria os sobreviva tomad a pecho, que solo a fuerza de virtudes y de nobles proezas vuestro nombre escapa al tiempo destructor y a la oscuridad del olvido».

¡También vosotros, valientes defensores de la patria, vosotros, servidores supremos del estado, que trabajáis en vuestros cargos distintos por el bien general, acercaos a la tumba de este adolescente! Que él, a quien deploramos por sus talentos y sus virtudes singulares, os fortalezca en la convicción, que ni la más alta categoría, ni los emblemas de honor externos, ni el origen más noble siquiera hacen respetar a los que están al frente de las naciones. Solo sus méritos, su celo, su trabajo, su fiel abandono a la patria pueden procurarles el aplauso del pueblo, de los sabios y de la posteridad.

La muerte a todos nos espera. ¡Bien por los que mueren con el conocimiento consolador, que se merecen las lágrimas de los supervivientes!

NOTA DEL EDITOR

Cuando llegue la hora de escribir la historia de la guerra actual, los números de «La Joven Europa» constituirán una fuente de informes contemporáneos, nacidos en el momento mismo de esta lucha por la libertad de Europa. Por esta razón, el Editor insiste aquí una vez más en el ruego de que le sean enviados toda clase de relatos sobre sucesos vividos, artículos políticos, cartas de camaradas muertos en el frente, poesías u otras composiciones análogas. En estas aportaciones se pondrá de manifiesto la gran camaradería que une a la juventud del Continente europeo.

*Responsable del contenido de esta publicación: Dr. Rupert Rupp
Intercambio Académico Cultural
Berlin W 35, Friedrich-Wilhelm-Straße 22. Teléfono 99 34 55.*